BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL LATIDO DE EUROPA

"DIALOGOS DE LAS CARMELITAS" VENDRA A ESPAÑA.— Me dicen que *Diálogos de las carmelitas* será uno de los estrenos que la Compañía Lope de Vega ofrecerá al público de Madrid la próxima temporada en el teatro de la Zarzuela. Llega *Diálogos de las carmelitas* a Madrid después de haber dado, triunfalmente, la vuelta a Europa.

Diálogos de las carmelitas—que en el Schauspielhaus, de Zurich, se representó con el aceptable título de *El miedo y la gracia*—es, como se sabe, una obra de compleja elaboración, en la que han intervenido, ni más ni menos, seis autores: Gertrudis von Le Fort —autora de la novelita *La última en el patíbulo,* donde recoge la historia de las carmelitas de Compiègne, ejecutadas durante la Revolución Francesa, y el proceso, desde el miedo al martirio, de Blanca de la Force, "la última en el patíbulo"—, el P. Bruckberger y Philippe Agostini—autores de un guión sobre la citada novelita—, Georges Bernanos—autor del guión cinematográfico *Diálogos de las carmelitas,* escrito sobre los trabajos anteriores—y, en fin, Marcelle Tassencourt y Albert Beguin, que, bajo los auspicios de Jacques Hebértot, escribieron la obra teatral que se ha representado, con tanto éxito, en toda Europa.

En la "fase Bernanos", la obra no tiene consistencia dramática. No es, desde luego, una obra teatral, pero tampoco es, ni mucho menos, un buen guión cinematográfico. Se trata más bien de una serie de motivos dramáticos, ligeramente organizados en una estructura provisional. Parece como un borrador en el que se ha precisado un aspecto: los diálogos. Y más en cuanto a su carga conceptual que en cuanto a su sustancia dramática. El texto de Bernanos me parece pura materia para un drama: posibilidad de un drama. Esta materia, organizada, informada por Marcelle Tassencourt y Albert Beguin, puede haber desembocado, sin duda, en el campo teatral, con una estructura dramática aceptable e incluso notable.

Bernanos relata, en *Diálogos de las carmelitas,* la historia de la joven aristócrata Blanca de la Force, cuya madre muere al nacer ella, en agitadas circunstancias de revuelta que preludian las jornadas de 1789. Blanca de la Force no está bien pertrechada para vivir con entereza los días de la Revolución. Tiene el miedo dentro.

O, más que el miedo, el susto agazapado y dispuesto a saltar al menor impacto de la terrible realidad de aquellos días. Decide hacerse religiosa y entra en un convento de carmelitas. Allí la sorprende la Revolución. Asistimos a la vida y diálogos de las monjas, a los distintos puntos de vista de aquellas mujeres con relación a la conducta general de la comunidad frente a los acontecimientos que se les vienen encima. Muere la superiora con una muerte crispada, terrible, que nadie esperaba. El convento es visitado, registrado por comisarios del pueblo.

El Gobierno ha prohibido que hagan votos nuevas religiosas. La nueva superiora decide obedecer la orden gubernamental a pesar de la tesis, que alguna mantiene, de que se celebre secretamente la ceremonia. A todo esto, Blanca de la Force es la más desvalida de todas. Sus actos (su grito ante la visita de los comisarios del pueblo; su turbación cuando oye los gritos de la muchedumbre—en esa escena deja caer y rompe una imagen de Jesús—; su huída, en fin, después de hacer el voto de martirio) confirman lo que, en las primeras escenas, se nos ha dicho de ella: que es una pobre muchacha espantada.

Contra la opinión de la superiora—y en su ausencia—, las religiosas hacen el voto de martirio. Pero Blanca, aterrada por los acontecimientos posteriores, huye a París. Allí se entera de que las religiosas de Compiègne han sido condenadas a muerte y van a ser ejecutadas. En el último momento, cuando ha empezado la ejecución, llega Blanca de la Force, se entrega, muere—"la última en el patíbulo"—y cumple el voto de martirio. El canto de las religiosas, según van muriendo, se extingue poco a poco.

No faltan, pues, en *Diálogos de las carmelitas*—un feo título, por otra parte—"motivos dramáticos". Lo que falta es "forma". La temporada próxima veremos si los adaptadores han conseguido una aceptable forma teatral para estos apuntes dialogados. Mientras tanto no hay nada más que decir.

A. S.

ORACION Y POESIA.—El mes pasado se ha reunido en Florencia el segundo Congreso por la paz y la civilización cristiana. El organizador de este Congreso, en el que participaron 39 naciones de distintas razas y religiones, fué el alcalde de la ciudad del lirio, el señor La Pira, célebre por sus calidades de hombre político (La

Pira es diputado demócratacristiano) y por la ejemplaridad de su vida cristiana. Lo ha ayudado en esta difícil tarea el consejero cultural del Municipio, Piero Bargellini, ex director de la revista *Frontespizio* y escritor de fama mundial. Y, finalmente, animó las jornadas de esta reunión el padre jesuíta Jean Daniélou, redactor de la revista *Études* y autor de un *Orígenes* y de un recién aparecido *El misterio de la Historia.* Leyó una interesante ponencia el poeta Ungaretti, que asistió pocas horas a los debates por tener que salir rumbo a Salamanca, donde participó en las Jornadas Hispanoamericanas de Lengua y Literatura. El tema de este año fué "Oración y poesía" (el del año pasado había sido "La *civitas* cristiana"), y tocó al padre Daniélou inaugurar los trabajos de la primera reunión con una brillante disertación, en la que afirmó que el poeta es el descubridor del reflejo de Dios en las cosas de este mundo, y que en este sentido toda gran poesía es oración, desde Virgilio y Dante hasta Milton y Claudel.

Impresionante por su tono trágico y profundo fué la ponencia de George Fox, que dijo, entre otras: "Es privilegio del poeta ayudar al hombre a sobrevivirse, recordándole a cada instante el honor, el coraje, la esperanza, la piedad. La voz del poeta se erige como un pilar de la fe humana." Y, sin embargo, una de las voces que más tocaron la sensibilidad de los congresistas fué la del egipcio Taha Husseim, el poeta ciego, dos veces desterrado por el régimen del rey Faruk, y actual ministro de Educación en el Gabinete del general Naguib: "Yo les llevo la adhesión de mi país —dijo Husseim—y la de todos los países islámicos, y lo hago sin restricción alguna, en cuanto nuestra manera de pensar es exactamente igual a la vuestra: no tenemos ninguna diferencia en el modo de entender y de apreciar los valores del espíritu."

El padre Meysztowicz, desterrado polaco, expresó lo siguiente: "Es mi deber recordar aquí... a los que no están presentes en este pacífico encuentro: Lituania, Letonia, Estonia, Rusia, Polonia, Rumania, Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia. Todo lo que tengo que decir en el nombre de ellas se concentra en tres letras: S. O. S., salváis nuestras almas en el nombre de Dios, salváis nuestras naciones."

Testigos del mundo entero asistieron en el Palazzo Vecchio, de Florencia, a este segundo Congreso por la paz y la civilización cristiana, contestando, con su tranquila presencia, las histéricas lucubraciones de Viena, donde los escritores comunistas proponían en su resolución final el siguiente punto programático: "Proyectar viajes de escritores que pueden suscitar obras que contribuyan al

mantenimiento de la paz." Sabido es que tales viajes resultan en el fondo imposibles detrás del telón de acero, tan imposibles como la palabra paz cuando se la pronuncie más allá del espacio espiritual, donde la poesía es oración.

V. H.

UN "IBERISTA" EN ITALIA.—Algunas veces tenemos todos un remordimiento de conciencia que se llama Portugal. Nunca pensamos bastante en él, como si detrás de Valencia de Alcántara se extendiera una gran lejanía; como si Lisboa no estuviera más cerca que Sevilla; como si Portugal hubiese llegado a ser alguna vez verdaderamente "extranjero". El ejemplo de Unamuno, abierto a Portugal, como a Hispanoamérica y a tantas otras cosas, a pesar de su constante monólogo, sigue siendo anécdota remota; las amorosas definiciones de Eugenio d'Ors ("No se es impunemente el confín del mundo"), todavía después de los años, siguen como profecía e invitación no recogida: muy pocos son todavía los intelectuales españoles que cuentan con Portugal en el horizonte habitual de sus meditaciones.

Por eso es tan interesante registrar un fenómeno que tal vez está empezando a ocurrir a espaldas nuestras: la aparición del "iberista", es decir, el estudioso extranjero de cosas hispanoportuguesas, consideradas como un conjunto fraternal e inseparable. En este momento, en Italia, la colección "La Civiltà Europea", de la casa Sansoni, de Florencia, colección fundada por el difunto filósofo Giovanni Gentile para ser "la prima storia della civiltà europea scritta in Italia da studiosi italiani", acaba de publicar la *Storia della letteratura portoghese*, de Giuseppe Carlo Rossi, profesor de literatura portuguesa en la Universidad de Roma y estudioso, al mismo tiempo, de cosas españolas. (Su estudio sobre el concepto de la Hispanidad aparecido en *Nueva Antología* será reproducido en breve por nuestra revista.) Hojeando este libro sentiremos probablemente el rubor de que haya sido un italiano el que ha hecho un estudio "tan español" y tan perfecto de la literatura portuguesa. Y no por apasionamiento ni capricho; el clima científico que se respira en este libro—de bibliografía seguramente agotadora, para aludir sólo a ese punto donde suele tomarse la temperatura científica a las obras—nos inclinaría más bien a pensar en hábitos de seriedad germánica, en un objetivismo no muy latino.

Naturalmente, no decimos esto por encontrar, como era natural, los cancioneros galaicoportugueses y las cantigas de Alfonso el Sabio, aquí tan en su casa como en la nuestra; conviene ir más adelante para apreciar el buen "iberismo" de Rossi: ante todo, Gil Vicente, objeto de estudio ejemplar; luego, Camoens, Montemor (o, como decimos nosotros, Montemayor), y más tarde los separatistas, como Melo, del tiempo de la anexión. Pero a medida que se avanza va siendo más emocionante descubrir que en medio de su progresivo olvido mutuo, aun vueltos de espaldas, los dos pueblos sienten intermitentes ramalazos de nostalgia. ¿Quién sabía, por ejemplo, que el gran poeta Antero de Quental, tan admirado por Unamuno, recibió, según cuenta Rossi en la página 244 de su libro, una invitación de Emilio Castelar, "jefe del movimiento republicano unionista español", para ir a España a defender la idea común de la unión ibérica? Quental aceptó, y aunque no realizó el viaje, escribió dos ensayos "iberistas": *Portugal perante a Revoluçao da Espanha* (1868) y *Causas da decadência dos Povos Peninsulares nos últimos três séculos* (1871).

Por otra parte, este libro inicia lo que llamaríamos "historia del sentimiento de Portugal en los escritores españoles"; verdaderamente ejemplar, aun con ese poco de humor natural entre vecinos que nunca han peleado en serio; por ejemplo, desconocíamos esta cita de Lope:

A un portugués que lloraba
preguntaron la ocasión:
respondió que el corazón
y que enamorado estaba.
Por mitigar su dolor
le preguntaron de quién:
respondió que de ninguen,
que lloro de puro amor.

No es éste lugar para lanzarse a hablar de perspectivas supernacionales, etc. Simplemente, queríamos llamar la atención sobre esta excelente historia literaria de Portugal escrita en Italia desde el punto de vista que ojalá hubiéramos usado nosotros. Gran cosa sería, y más materia de alegría que de celos ver que el hispanismo internacional (algo de esto pasa en *Die sprachliche Kunstwerk*, de Wolfgang Kayser) se forrase de iberismo, para ver si el acostumbrado prestigio de lo extranjero nos abría un poco más los ojos a nuestra irrenegable fraternidad con Portugal.

J. M. V.

LA EVOLUCION DEL MODERNO PENSAMIENTO SOCIALISTA.—Muy a menudo se ha subrayado el deslizamiento, ideológico o práctico, de sectores socialistas hacia el comunismo, al cual vienen a servir así, a manera de puente o transición. También es justo que observemos la evolución inversa de otros importantes grupos socialistas hacia posiciones de plena coincidencia con los católicos. Cuando no la valiente actitud antisoviética, que, por ejemplo, en la impresionante rebelión de Alemania oriental es común tanto a los Sindicatos socialistas como a los cristianos.

Política y Espíritu, de Santiago, en su número de 1 de marzo último, reproduce un trabajo de Michael Harrington aparecido originalmente en *The Commonwealth* de 23 de enero de este año, y titulado "El socialismo en transición", en el que, desde el punto de vista del socialismo norteamericano, se enjuician los principales problemas de reforma social con que hoy se encara dicho movimiento en Inglaterra, Alemania occidental, India, y por extensión en Australia y Canadá.

Hay aspectos puramente externos ya ampliamente difundidos, que acreditan una amplia colaboración entre católicos y socialistas, por ejemplo, en Inglaterra, donde la mayoría de los católicos votan por el laborismo, y de 22 católicos representantes en el Parlamento durante la última etapa laborista, 16 eran socialistas y uno ministro del Gabinete; o en Alemania, donde, alrededor de Walter Dirks y los "Franckfurter Heften", algunos de los católicos más influyentes vienen trabajando, junto al partido socialista y el D. G. B. (Federación Alemana del Trabajo), por el objetivo común que representa la fórmula de cogestión en las empresas, la redacción de cuyo estatuto original se les atribuye últimamente. En la India, la jerarquía eclesiástica aprobó el apoyo católico al partido socialista—grupo descentralizado gandhista, recientemente unido al partido de los campesinos, y que concentra 17 millones de votos—, según refiere también el autor del artículo que anotamos.

Pero la implicación verdadera de esfuerzos se da en un terreno, doctrinal y práctico a la vez, mucho más hondo. Por lo pronto, es común en los socialistas actuales su hostilidad a la estatificación general, a la sociedad dirigida y al despotismo burocrático. La táctica con la que, bajo muchos aspectos, el laborismo está afrontando el problema de unir, para bien de todos, a los diversos elementos dentro de la industria—obreros, técnicos, planificadores—, es la misma del respeto a las diferencias funcionales dentro de la empresa, preconizada por el magisterio pontificio. Algo de esto pusieron de relieve también las declaraciones del señor obispo de Má-

laga, don Angel Herrera, con ocasión de su reciente visita a Inglaterra. Apuntan allí los intentos reformadores actuales, de una parte, a un semisindicalismo industrial de autogobierno y control por los obreros, y de otra, al establecimiento de un cuerpo consultivo en el que tomen parte los obreros para decidir la política económica a seguir. En definitiva, se camina hacia un control obrero total y hacia una propiedad social.

En Alemania, después de la declaración pontificia de 1949, de que no existe "un derecho natural" a la cogestión—lo que no quiere decir que ésta sea equivocada, como ha pretendido deducir forzadamente la oposición conservadora—, el cardenal Frings continúa siendo un ardiente defensor de la misma, igual que von Neel Bruening, uno de los actuales comentaristas pontificios alemanes más autorizados. Una situación de afinidad también muy estrecha y eficaz entre ambas tendencias, es sabido que viene manifestándose muy característicamente, durante los últimos años, en Holanda.

En realidad, la distancia que existe hoy entre las más significativas corrientes del socialismo democrático y el stalinismo hacen que sólo a este último, y a algunas formas sectarias del socialismo continental europeo, afecten los términos en que León XIII condenó las formas de socialismo a las cuales hizo concreta referencia, distinción que ya en 1947, según hace constar Harrington, puntualizó *L'Osservatore Romano.*

M. L.

HAMSUN NOS HA DICHO ADIOS.—El mismo año de su muerte—1952—aparecía en España el último libro de Knut Hamsun. Los últimos libros de los grandes escritores nos llegan todos impregnados de una honda y sabia tristeza. Parece inevitable. Es como si hubieran sido pensados y escritos en el recuerdo, en la añoranza de las viejas cosas pasadas, y fuesen una despedida, un adiós definitivo al mundo, a la necesaria comunicación del escritor con su mundo. Lenormand—y ésta es otra despedida relativamente reciente—publicó poco antes de morir sus memorias, el libro más triste que pueda pensarse. Se lamentaba, en él, del olvido en que habían caído su nombre y su obra para las nuevas generaciones. Y, en efecto—uno pudo comprobarlo con jóvenes universitarios franceses—, el dramaturgo que tanto había influído en la renovación del teatro contemporáneo era ignorado o, a lo más, apreciado injustamente por la juventud.

Por los viejos caminos, de Knut Hamsun, no es precisamente un libro de memorias, aun cuando participe, en cierto modo, de este género. Quizá por esta exclusiva razón, la tristeza del libro de Hamsun sea una tristeza más profunda y difícil. Porque no se trata de un melancólico sentimiento nacido de la nostalgia, sino de algo mucho más vivo, entrañable y misterioso. Resulta también triste, por otra parte, saber y considerar al escritor viejo y sordo, dominado a veces por ataques de afasia que le impiden dar con la expresión justa y adecuada. Hamsun recorre aquí su último camino. Tiene ya noventa, noventa y dos años, y más de cien obras detrás de sí. El libro empieza: "Estamos en 1945", y termina: "Estamos a mediados de 1948." Transcurren, pues, tres largos años, durante los cuales, Hamsun, procesado por un Tribunal de desnacificación, se ve obligado a recorrer un camino bien amargo. En calidad de preso va de Norhölm, su hacienda, al hospital de Grimstad; de aquí, a un asilo de ancianos, en Landvik, y, luego, a la clínica de Psiquiatría de Oslo, para enfermos nerviosos y mentales, donde permanece cuatro meses sometido a observación. He aquí, en este peregrinar, material más que suficiente para escribir un libro agrio donde cupiera el resentimiento. Pero Hamsun—fiel a la constante de toda su vida—no puede aborrecer a los hombres; acépta todos los padecimientos y vuelve, como tantas otras veces hiciera, a cantar su discurrir nómada por el mundo. Alegría, alegría porque todavía siente el sol y la nieve quedar y enfriar su cuerpo. No obstante, a veces necesita de todos sus recuerdos para no desfallecer, para olvidar el sufrimiento presente. Retirado, incomunicado del mundo, se siente como muerto. Cierto día, desde Java, recibe una caja de tabaco que le envía una lectora desconocida. "Bendita sea—dice—por haber hecho una cosa así por un extraño que vive tan lejos." Hamsun ahora tampoco puede sustraerse a la llamada del bosque. Casi cotidianamente se interna en un bosquecillo próximo; pero—ya sordo—no oye el murmullo de otros tiempos, en el que creía adivinar el soplo de Dios; se contenta, no obstante, con ver cómo se agitan las ramas. Por fin—han transcurrido tres años—, el Tribunal Supremo dicta sentencia, y Hamsun acaba con sus apuntes, termina su último libro.

Hamsun, en esta hora europea de cabildeos y renegamientos, se presenta como un coloso. Sus jueces se asombran de la entereza de un hombre de su edad. Cuando sale de la clínica de Oslo, donde ha sido sometido a la tortura de los procedimientos psiquiátricos, se siente enfermo, debilitado, muy cerca de la muerte. Sin embargo, no culpa a nadie de ello. Porque la culpa no la tiene el hom-

bre, *nada individual, sino un sistema, una ordenación arbitraria de la vida, reglas sin intuición ni corazón.* Escribe al fiscal—eso sí—una carta, en la que se queja y lamenta del mal que se le hace con retrasar tanto y tanto tiempo su caso. El—como Joseph X, del proceso de Kafka—desea ser juzgado rápidamente, porque ni siquiera sabe bien de qué se le acusa; desea acabar cuanto antes para desterrar esta angustia de la espera, y porque, si sobreviene su muerte, la pública opinión le creerá culpable. *¿Tengo que suponer*—le escribe al fiscal, en protesta de la tortura psiquiátrica—*que mi nombre le era desconocido? Algunos hubieran podido contarle que en el mundo psicológico no era un novato..., que en mi muy larga vida de escritor he creado cientos de personajes..., creado por dentro y por fuera, como si fuesen hombres vivos, en los más diversos estados de ánimo... ¿Se trataba acaso*—añade—*de declararme enfermo mental, y, por tanto, irresponsable de mis actos? Entonces no había contado usted conmigo. Tomé desde el primer momento sobre mí la responsabilidad de mis actos, y he mantenido esta actitud durante todo el tiempo, sin modificarla.* El colaboracionismo de Hamsun, durante la ocupación, se redujo a sus artículos en los periódicos. La defensa que de sí mismo hizo ante el Tribunal es sobradamente sincera, como para no creer en su inocencia. Hamsun creía en la comunidad germánica universal, dentro de la cual Noruega iba a ocupar un puesto elevado. Y escribió en este sentido. Vivía en su casa rodeado de oficiales y tropa alemana, controlado y observado continuamente. Telegrafiaba día y noche—existen los telegramas—pidiendo clemencia para sus compatriotas condenados a muerte, hasta el punto de que Hitler, a quien iban dirigidos, dejó de contestarle. El pecado—su único pecado—fué el de no huir, el de no *pasar a Inglaterra*—son sus mismas palabras—, *como hicieron tantos que luego regresaron como héroes, porque habían abandonado su patria.* ¿Qué norma de conducta debe seguir el escritor ante la ocupación de su país por una nación enemiga? ¿Pacificar? ¿Erigirse en cabeza de un movimiento resistente? Hamsun eligió lo primero. Kaj Munk, dramaturgo danés muerto por la Gestapo en una carretera, optó por lo segundo. Debe añadirse, claro está, que Knut Hamsun contaba ya cerca de los noventa años, en tanto que Kaj Munk no había llegado a los cincuenta.

J. Q.

«NUESTRA AMERICA»

EL RETORNO DE HEMINGWAY.—Conforme iba avanzando en el tiempo la producción novelística de Ernest Hemingway, iban disminuyendo simultáneamente su calidad estética y sus condiciones de sugestión. A partir de publicarse aquella malograda novela que se llamó, bajo una cita de John Donne, *Por quién tañen las campanas,* la crítica de los Estados Unidos inició una campaña de denuestos y de tendenciosas elegías dedicada al autor de *El Sol sale también.* Ni siquiera el cúmulo de intereses circunstanciales que rodeaban al citado relato sobre la guerra española pudo relevar de su indeclinable decadencia a Ernest Hemingway. Con cierto ensañamiento colectivo, se comenzaba a zahondar la fosa donde había de ser inhumada la gloria del más popular de los *tought writers.*

Pero he aquí que, en septiembre último, dentro de las difundidas páginas de la revista *Life,* aparece un breve relato firmado por Hemingway, que deja atónita a la crítica y que entusiasma al sector masivo del público. Se trataba de *El viejo y el mar (The old man and the Sea),* poco más que una *short story,* que reveló de súbito una faceta, tan desconocida como trascendental, en el arte del escritor. Relato que, meses más tarde, acaba de ver refrendado su éxito con la unánime concesión del premio Pulitzer de 1953.

La técnica literaria que caracterizó toda la anterior producción de Hemingway se nutría primordialmente de su carácter reporteril, de la rapidez de sus narraciones, construídas sobre un *tempo* casi vertiginoso, jalonado por diálogos secos y totalmente exentos de retórica, con más dignidad periodística que categoría estética. Una prosa incisiva, erizada de vulgarismos, llena de una sobriedad que a veces lindaba con lo pedestre, sostenía los esquemas psicológicos de unos personajes apenas esbozados, esculpidos precipitadamente sobre un solo bloque, sin matización o gradaciones en su caracterología; personajes que pretendían ser—y lo conseguían harto a menudo—encarnaciones y arquetipos de toda una época: precisamente aquella época de absoluto desarraigamiento y desvalorización espiritual que dió origen a la que luego denominó Gertrude Stein "generación perdida". Epoca de entreguerras, que acuña unos tipos humanos víctimas del colectivo desquiciamiento, sin ape-

nas más consistencia y asidero que los de su pretendido simbolismo; carentes de la menor hondura individual, sin más singularidad que la muy relativa de su permanente consciencia de fracasos sin remedio. De ahí que los protagonistas de las novelas de Hemingway hayan de buscar, con la fatalidad o el determinismo insoslayables en que los sitúa su creador, algo que justifique su realidad existencial, cualquier valor que los aboque a una transitoria salvación. Por eso, sin duda, se ven empujados a sumirse en la sensualidad más desbocada y en el continuo riesgo ante la muerte, tomando estas categorías como únicas metas a su alcance, como exclusivas razones de existir.

Los dos *leit-motivs* básicos de la novelística de Hemingway son, por tanto, el culto al erotismo y el culto a la violencia. En ellos buscan sus agonistas la ablución que los purifique de tanta vaciedad, el riego que informe su espíritu aun pasajeramente y la desembocadura final que les sirva de liberación, que los acoja y les llene de verdad indubitable.

En las novelas de Hemingway late ese duro descorazonamiento, la apremiante reclamación de una finalidad terrena. Así, *Las nieves del Klimandjaro* no es más que la descripción minuciosa de una prolongada agonía en el corazón del Africa, donde la memoria del cazador que muere se desborda de retrospectivas imágenes. *Por quién tañen las campanas* es una relación de seres humanos que, como el Jordán protagonista, no tienen posible destino; fauna que se siente en perpetua fuga de sí misma, y que, cruel primero, concluye aceptando el don de la muerte como disculpa de su paso por la vida. Lady Ashley, Jake, los toreros de *El Sol sale también*, amalgaman lo turbio de su amor con la pasión ante el peligro, desbocándose en un dinamismo equívoco, acezante, tal vez para no permitir así al pensamiento que torne por sus fueros. Lo cual acontece asimismo al Frederick Henry de *Un adiós a las armas*, fugitivo, desnortado, desertor, traspasado de dudas y vacilaciones, absolutamente enquistado en el talante de su época.

Este angustioso panorama que gravita sobre las novelas de Hemingway ha bastado sobradamente para definir y caracterizar su personalidad de escritor. Pero entonces, cuando ya su obra aparecía como conclusa y rematada, sale a luz *El viejo y el mar*, este relato que coloca a los críticos en una ardua encrucijada, al verse obligados a desvelar un aspecto insólito dentro de la capacidad creadora del novelista, mientras éste derriba tumultuosamente todas las tópicas estimaciones que en torno a él se habían erigido. Y la crítica, suspensa, se ha desorientado en la valoración.

El viejo y el mar es un poema en prosa mejor que una novela. Con un estilo cuajado de lirismo se enuncia en sus páginas algo así como un símbolo esperanzador de la verdadera condición humana, que lidia denodadamente con los signos adversos, que se precipita en las oscuras simas del fracaso y que renace luego en hermosa asunción para volver a entregarse al combate. La historia de este viejo pescador cubano, vegetando en un mundo que le ignora o que le humilla, es una bella síntesis de todo el humano destino. Su lucha irrevocable, su cruenta victoria, el subsiguiente fracaso, inducen a la angustia primero, a la recién nacida esperanza después. Cuando el anciano navegante solitario torna, sangriento y exhausto, a su "bohío" de cañas, no se sumerge para siempre en la conciencia del fracaso, como todos los anteriores personajes de Hemingway, sino que, por contra, halla junto a sí el más puro hálito de la ternura, encarnado en el amor y las lágrimas de Manolín, ese mozalbete que pone el más significativo colofón al relato. Mientras el anciano, tendido en su jergón, sueña candorosamente con irreales leones, el niño llora; pero llora con un llanto tan limpio, tan delicado y humano, que nos sobrecoge y nos trasciende de esperanza. Mientras tanto, el trofeo, el esqueleto del pez espada, yace en la playa, admirado e inútil; trofeo sin destino físico, alegoría de lo deleznable.

No hay sombras de odio, ni amarguras irremediables, que empañen ese luminoso conjunto de *El viejo y el mar*. La violencia de la lucha es llevada hasta su desenlace con una rotunda dignidad épica, en que no intervienen ni la crueldad ni el ensañamiento. El pez, la presa, combate orgullosamente por su instinto, y orgullosamente le acosa el cazador, corporalmente lacerado, pero plenamente imbuído de la necesidad de su triunfo. Y más tarde, una vez logrado éste, cuando la turba de escualos aborda el botín tan trabajosamente conquistado, el viejo yergue, con ademán de héroe antiguo, su arpón, su cuchillo, su remo, y disputa sin cuartel el precio de la contienda. Inútil, pero bellamente, tal como puede acontecer al hombre cada día, en cada estadio de su devenir.

El mar de las Antillas es el justo escenario del relato, acaso el símbolo de la tesis implícita: todo brilla con cegadora diafanidad, todo está vibrando de vida prometida, todo rezuma una vaga ternura, desde la vagabunda medusa hasta la trémula gaviota, que se posa en el mástil extenuada de su vano periplo. Pero, de cuando en cuando, ese resplandor difuso, esa tierna latencia, se ven ásperamente interrumpidos por los manchones verdes de los "sargazos", por el triangular coleteo del tiburón, que acecha la nobleza

del hombre. Y, al final, por fortuna, esa sonrisa, esas lágrimas. Que acaso sean la clave de toda la novela. Ese llanto, entre gozoso y pío, del niño que ya inicia su sabiduría humana, y cuya ingenuidad desborda la sencillez del viejo, conjugando con ella, haciéndola el más modulado contrapunto, perfilándola y dignificándola.

Los críticos norteamericanos han calificado de épico este relato, no viendo en él más que el fulgor externo de la anécdota, de la peripecia desnuda. Pero ese aspecto de *El viejo y el mar* no se nos antoja el primordial. Tras esa armazón trágica del combate, de las heridas, de los desgarramientos físicos, late el sentido lato del libro y, acaso, el sentido último de todo lo que se esconde en Hemingway: el descubrimiento de la ternura, el retorno hacia el eje diamantino del hombre moderno. Ya lo han hecho bastantes antes que Ernest Hemingway; no hace mucho hablábamos de un libro desconcertante, transido de arrepentimientos y gozos desconocidos: *Souvenir, souvenirs*, de Henry Miller. Pero mientras en el turbulento autor de *Trópico de cáncer* la nueva posición se deshilachaba en líricos arrebatos, en desorbitadas y bellas utopías regresistas, como moderno "villano del Danubio", en Hemingway la vuelta al hombre, a la alegría del hombre, se inicia con leve y sencillo paso, sin una voz desacorde, sin que una estética desmesurada oculte con sus troncos la selva oscura del corazón humano. Hemingway ha desbrozado la boca de la cueva; ya veremos más tarde.

E. S.

PROBLEMAS DEMOGRAFICOS DEL MEJICO MODERNO.— El censo de Méjico en 1953 arrojará ya un total de población superior a la de España. Al ritmo actual, en 1960 la población será de 34 millones, y en 1970, de 43 millones o más. En toda Hispanoamérica—la cual crece a un ritmo tan acelerado que ya su población total de 160 millones excede a los 150 millones de Estados Unidos—, y aun en toda la estadística mundial de aumento de población, Méjico ocupa actualmente el primer lugar, alcanzando su índice de crecimiento, por ejemplo, doble velocidad que el de Estados Unidos. En sólo diez años, de 1940 a 1950, la población de Méjico ha dado un brinco asombroso: de 19,6 millones a 25,7, es decir, de seis millones de personas (diez y medio de nacimientos

frente a cuatro y medio de defunciones). Aun podría duplicarse de aquí a veinticinco años, según cálculos de los expertos de la O. N. U., si la mortalidad infantil bajara más de lo que ha bajado en los últimos años y llegara a niveles como los de Noruega o Estados Unidos. La cifra de crecimiento de Méjico ha superado la media mundial, que ofrece un aumento tan colosal como el de haber pasado la población del mundo de 1.600 millones en 1900 a 2.400 millones en 1950, con un aumento diario actual de 60.000 personas aproximadamente. El único papel vergonzoso en esa estadística mundial lo protagoniza Francia, cuyos "excesos" en los métodos "homicidas", conforme a la moral católica, de control de natalidad, ahora tan insensatamente difundidos por funcionarios "criminales de paz" de la Organización Mundial de la Salud, han estancado, con tendencia incluso al descenso, el crecimiento de su comunidad humana.

No es que resulte, desde luego, nada cómodo ese gigantesco ensanchamiento colectivo de los pueblos. A Méjico, según deduce de los datos antes citados Alberto Escalona Ramos, en su trabajo *Exceso de población en Méjico—Dinámica Social,* mayo de 1953—, le amenaza una etapa larga de hambre, a menos que opere un cambio muy profundo en su política agraria, forestal, pesquera, bancaria, etc., que le permita alcanzar un nivel de vida más alto.

Resumimos a continuación las conclusiones a que llega el excelente estudio que a este respecto sistematiza el señor Escalona. Méjico es, en realidad, un país pobre, que necesita seguir dando más importancia a su agricultura que a su industria, porque ésta, que tampoco ha de descuidarse, no puede competir en el mercado exterior con los grandes productores mundiales, y en el interior no hay poder adquisitivo suficiente para absorberla, a menos que se pueda ir aumentando el de los campesinos; la verdad es que la agricultura, no obstante aportar apenas la quinta parte del ingreso nacional, da vida a más de las dos terceras partes de la población. Para poder alimentar a esta población creciente urge descentralizar la misma población y la economía; libertar totalmente el trabajo en el campo; desarrollar la ganadería, sobre todo para el consumo interior; dar prioridad al movimiento de los productos agrícolas en los ferrocarriles; introducir pescado a muy poco precio a todo el interior del país—actualmente es obstaculizada la alimentación del pueblo por intereses políticos, que han impedido la afluencia al interior de pescado barato de ambas costas, para suplir la deficiencia de carne y otros alimentos básicos—; continuar la construcción de obras de irrigación y repartir las tierras

irrigadas a quienes verdaderamente han de trabajarlas; repoblar intensamente y defender de modo efectivo los bosques que aun superviven; tratar de detener el proceso de erosión de los suelos de cultivo—muy escasos: un 4 por 100 está bien cultivado; otro 4 por 100 es cultivable y sólo de un 3 a un 5 por 100 más es difícilmente cultivable; casi la mitad Norte del país se encuentra comprendida en la faja desértica que rodea al mundo siguiendo la línea del trópico de Cáncer; la mayor parte del territorio es muy montañoso; las tierras bajas del Sur están cubiertas de vegetación tropical y son muy malsanas y difícilmente saneables—; propagar los sistemas de mejoría química de los suelos, y crear en todas las escuelas primarias y secundarias, sobre todo en las rurales, una conciencia geográfica, dirigida a una mejor conservación de los recursos naturales.

Si Méjico sabe abrirse a trabajar, no en función de sí mismo, sino de toda su área natural hispánica de intercambio vital, tiene abierto un futuro de gran influencia. Al flanco de los Estados Unidos queda ya un pueblo que pronto tendrá los 40 millones de habitantes, como Francia e Italia, y cuya estabilidad interesará a la propia Norteamérica, que tendrá que darle alguna oportunidad de mejoría. Una vez más queda claro que los pueblos de raíz hispánica sólo podremos ser fuertes complementándonos los unos con los otros, para dar asiento temporal, lo más dichoso y seguro posible, a la porción de la Humanidad que Dios ponga en la vida sobre estas tierras que entregó al esfuerzo creador de nuestra estirpe.

M. L.

LA TORRE.—Con ocasión del cincuentenario de la fundación de la Universidad de Puerto Rico ha aparecido el primer número (enero-marzo de 1953) de esta revista, que, según las palabras de Jaime Benítez, su director, aspira a propiciar *una tarea de examen, de estímulo y de debate cultural análoga a la que en los últimos años, con el concurso de pensadores de dentro y de fuera de Puerto Rico, hemos venido realizando en el aula universitaria.* De pórtico a la revista sirven unos versos de Goethe traducidos por Juan Ramón Jiménez: *Naci para ver,/ mi sino es mirar;/ jurado a mi torre,/ el mundo me gusta.* Sería interesante saber qué representa

Goethe en el actual momento de la vida universitaria puertorriqueña; el *Fausto*, en efecto, ha sido escogido para iniciar las publicaciones de la biblioteca de la Universidad, y recientemente apareció publicado aquí en Madrid, en colaboración con la *Revista de Occidente*.

El contenido de esta primera entrega es de alta calidad; valgan de ejemplo dos estudios de tan diferente intención como el de Ludwig Schajowicz: *La forma interior de la literatura europea*, y el de Luis M. Díaz Soler: *Para una historia de la esclavitud en Puerto Rico*. España y la vida española no figuran en los propósitos editoriales de la revista; pero su presencia es de un orden mucho más eficaz, vivo y genuino: un chispeante ensayo de Juan Ramón—*Poesía cerrada y poesía abierta*—, una carta autógrafa de Unamuno reproducida facsimilarmente, la exacta crónica de José Luis Cano sobre un aspecto de la nueva poesía hispánica... Más vale esta presencia concretada en ideas y en tinta fresca que el aparecer, fantasmalmente, en la baldía retórica de nuestros impenitentes hispanistas.

Si fuera lícito ponerle un pero a una revista nueva por pecados de omisión, habría que hacerlo con este primer número de *La Torre*. Porque hay un olvido total de todo lo que en el terreno de la cultura—y de la incultura—sucede en los restantes países de Hispanoamérica, con la posible excepción de Méjico. El que en el sumario no aparezca nada relacionado con la otra América, con *nuestra América*, y el que en la lista de futuros colaboradores figure apenas un hispanoamericano, carecería de importancia si no fuera porque parece ser la expresión de una tendencia extrañamente arraigada en el intelectual puertorriqueño. Hay que esperar que *La Torre*, que tan porosa se muestra a otras corrientes de pensamiento, se interese también por las cosas que pasan en ese mundo—tan vecino suyo—de la América hispánica.

Una última observación. Se han puesto de moda en América las revistas universitarias y, en especial, las de tipo general que, como *La Torre*, intentan mostrar un panorama de la totalidad de la vida universitaria. No creo que, la mayoría de las veces, el ensayo haya dado buenos resultados. Es supremamente difícil conciliar en una publicación la actualidad con el academicismo, y el producto habitual que se obtiene son unos pesados volúmenes rellenos de monografías sobre los más desconcertantes asuntos, y que no encuentran morada sino en el amplio vientre de las bibliotecas públicas. Es posible—esta salida parece indicarlo así—que *La*

Torre soslaye tal riesgo y que, sin desdoro de su alta calidad, siga siendo una revista para leerla, comentarla, aguardarla. Su importancia, por lo pronto, es que nos muestra en Río Piedras una Universidad en acción, crepitante y moderna.

H. V. G.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:

ENRIQUE SORDO
MANUEL LIZCANO
HERNANDO VALENCIA

COLABORAN EN LA SECCIÓN "EL LATIDO DE EUROPA":

ALFONSO SASTRE
VINTILA HORIA
JOSE MARIA VALVERDE
MANUEL LIZCANO
JOSE MARIA DE QUINTO

ESPAÑA EN SU TIEMPO

PABLO PICASSO EN ITALIA.—En ocasión de la última Exposición de Pablo Picasso, que, no hace mucho tiempo, se verificó en la "Galleria Nazionale d'Arte Moderna", en Roma, el público italiano tuvo la gran ocasión de poder ver una de las más completas muestras de este artista, que, según algunos, es "el más explosivo, el más vivo y actual" (1) artista de la época.

Esta Exposición ha dado motivo a los críticos italianos de volver a considerar, una vez más y con mayor importancia que en otras ocasiones, la esencia del arte de Picasso y su influencia sobre los artistas de la península.

Naturalmente, nos encontramos frente a una pluralidad heterogénea de los aspectos de la crítica, y no es cosa fácil llegar a resumir todo lo esencial y lo característico que se ha vuelto a decir acerca de este hombre, que, sin duda alguna, tiene rasgos geniales precisamente por ser "acaso el artista más problemático de nuestros tiempos" (2).

Buscando una posible homogeneidad en esta tentativa, encontramos, ante todo, la asertada afirmación que "el arte de Picasso tiene muchos aspectos y no todos, aun importantes para comprender su personalidad, tienen el mismo valor en la formación del gusto", del cual se le considera como guía. Debemos pensar que si "están descuidadas, por la mayoría de la gente, aquellas obras que pertenecen a los períodos de la calma", períodos en que "la Musa le sugiere primorosos acentos de ternura", y, aun siendo "intermitentes, esparcidos a través de los decenios" y que varían "según los problemas formales del momento" (3), su esencia es siempre la misma. La causa de este descuido es debido a la insuficiencia de la crítica—así asevera Sergio Bettini—, por su enlace con el orden metafísico del siglo pasado, y que no le permite descubrir que "en el arte, la exigencia es la de *temporalizar* la forma, de hacerla permeable al tiempo de la existencia, de eliminar el alejamiento entre el *Arte* y la vida" (4), como acontece con Picasso. Si es verdad que actualmente el Arte—en su sentido cabal—está

(1) Palma Bucarelli, pág. 4.
(2) Sergio Bettini, pág. 18.
(3) Lionello Venturi, pág. 13.
(4) Sergio Bettini, pág. 20.

en crisis, también es verdad que esta crisis se debe considerar como consecuente "emergencia del mundo del espíritu", con sus expresiones, a veces más violentas y a veces más tranquilas, que pueden considerarse como "manifestación patente de una instabilidad y de una molestia espirituales" (5). Picasso es la más grande y típica expresión de esta instabilidad y molestia espirituales, ya que, si es suficiente un solo cuadro para conocer a El Greco, a Tintoretto y a los otros, para descubrir la inspiración, el tono poético, la dominante de la personalidad, un cuadro suyo es "una casualidad temporánea, tal vez también sólo momentánea, de su continua movilidad. Claro y preciso el retrato crítico de su personalidad artística: "Carácter periférico. Falta de un centro, de un inmanente núcleo de sentimiento y de forma. Inspiración, invención, imaginación extraordinarias, abundancia infinita de hallazgos y de pruebas, increíble feracidad de recursos, habilidad suprema; pero un desviarse continuo, incesante, un camino sísmico, como una trayectoria indefinida y sin meta, como una desesperada instabilidad sin posesión de sí. La *improvisación*, el genio del artista" (6).

Con estos rasgos tan propios, ¿cuál es la influencia ejercida por Picasso sobre el Arte italiano? El *picassismo* se afirma en Italia sólo en 1945—casi como una reacción política a la condena artística que tuvo en 1939—, y ya en 1947 llega el ocaso que cierra su breve ciclo transitorio. Esto no quiere decir ni mucho menos que no haya habido en Italia influencia alguna del arte de Picasso. A la pregunta de cuál sea la enseñanza de este artista, podemos contestar diciendo: "La personalidad revolucionaria de Picasso, como la de Caravaggio, de Goya, de Courbet, no es un fenómeno irracional y desatado de lo que le precede y le sigue, que nace y muere en sí mismo, sino que lleva consigo elementos nuevos que generan nuevos desarrollos. ¿Sus personajes? Los hombres de hoy día: realiza un hombre típicamente moderno. El conocimiento de Picasso significa verle en sus contradicciones y traer un elemento de juicio." Por tanto, "continuadores de Picasso no son aquellos que, siguiendo una lógica determinista y mecánica (lógica engañadora), creen que el ir más allá que Picasso signifique continuar su destrucción de la estética tradicional (las destrucciones de Picasso tienen su contrapartida en lo que al mismo tiempo construye, la cosa más importante), sino quienes saben mirar a la vida, a la so-

(5) Umbro Apollonio, pág. 30.
(6) Carlo Ludovico Ragghianti, págs. 28-29.

ciedad, a la realidad, al hombre, como Picasso, no de espectadores o de especuladores intelectualoides, desde el alto del reino de las formas puras, sino como actores" (7).

S. T.

---

(7) Renato Guttuso, pág. 59 de la revista *La Biennale di Venezia*, núm. 13-14, de mayo-junio de 1953.

EXPOSICION INFANTIL.—En la primavera madrileña floreció en un viejo barrio un campo maravilloso de colores puros y simples, entonando con ingenua sinceridad las líneas primarias de unos dibujos infantiles.

Niños de todos los países han soñado durante meses con esta exposición (1), en la que, sintiéndose responsables, pero sin dejar de ser niños, han puesto de manifiesto el alto valor de escolaridad que puede entrañar el dibujo.

Escasa importancia se daba en las escuelas al dibujo. La rutina, la torpe interpretación de láminas detestables, perdía vocaciones, desnaturalizaba ese mundo irreal y maravilloso de la imaginación del niño.

El sistema de la libre interpretación escolar dió resultados sorprendentes. Una clara muestra es la Exposición de Dibujos Infantiles Internacionales que comentamos. En ella pueden comprobarse los dos sistemas. El viejo, encarnado en la Pedagogía del "Maestro Ciruela", en que el niño discurre por las tramas forzadas de una dirección vulgar.

Por otra parte, el nuevo sistema dando paso a la libre interpretación del alumno de un tema propuesto y desarrollado, bien individualmente o en colectividad; tales las muestras de la aportación francesa, en que los niños han realizado un gran cuadro, haciendo cada uno una parte del dibujo total, y así puede verse una torre Eiffel llena de sentido estético, rodeada de calles; vistas en perspectivas curiosas, por donde discurren hombres, vehículos, dando una dimensión total de lo que es una calle parisiense tal como la siente el niño. Y en ésta, como en los dibujos italianos, ¡cuánto se observa de dirección!; pero dirección inteligente, para descubrir dónde está el valor y saberlo realizar, hacer ver las cosas con alma, sin falsilla. ¡Cuánto también de educación visual, de conocimiento de pintura contemporánea!

---

(1) Centro de Instrucción Comercial.

No se puede hablar de todos y cada uno de los dibujos ni tampoco aun agruparlos; no obstante, se observa cierta unidad en los envíos.

Se vislumbra el grado de atención que se presta en las escuelas al dibujo.

El sentido artístico, decorativo, colorista, muy acentuado en el grupo italiano; al igual los dibujos brasileños, en donde la exuberancia de la Naturaleza condiciona casi constantemente los dibujos plenos de colorido, donde el verde desempeña espléndidos contrastes.

Argentina destaca por el número de dibujos y por su calidad colorista. Dibujos hermosos, ricos en materiales. (¡Cuánta pobreza en las escuelas se refleja en muchos dibujos!)

Imaginación realista la de los niños españoles, un poco esclavos de ciertos temas, quizá porque los vive con más frecuencia que otros.

Caso curioso; la temática es distinta. Son los ambientes. Para el niño brasileño, la selva es un tema eterno y sugeridor; para el español, los toros, los desfiles, las procesiones (asombra ver dibujos y más dibujos reflejando la Semana Santa española); para el italiano, el color, el sentido decorativo del dibujo; para el alemán, la esclavitud al dibujo.

Contemplando la exposición, tan inteligentemente instalada en el Centro de Instrucción Comercial, son múltiples las sugestiones que se nos ofrecen. Pero, por encima de la anécdota del rasgo peculiar, hay algo que late más hondamente y con vigor inusitado: el valor del dibujo en la escuela, lo que puede representar en la formación del niño el descubrir las cosas en su alma, el saber expresarlas con inteligencia; ayudar al niño a ver, a crear, y así, poco a poco, a la vez que se "recrea" nos ofrecerá una "re-creación" de este mundo atormentado que nos toca vivir.

¿No ha sido hermoso que niños de toda la tierra hayan soñado un mundo mejor? Hasta la guerra ha resultado menos tremenda en estos dibujos.

Esta realidad cubierta de sombras que viven los hombres de nuestro tiempo ha sido purificada por el alma artista y sincera de muchos niños. El mundo feo que les ofrecemos nos lo han devuelto reducido a líneas ingenuas, cubierto de colores.

¿No ha sido esto un canto de esperanza dado por los inocentes?

T. S.

UN COMPOSITOR ESPAÑOL.—La actualidad nos trae a la mente la figura de un notable compositor español, Manuel Martínez Chumillas, que en el silencio de su estudio, mitad papel pautado, mitad papel azográfico, pues alterna la música con la arquitectura, construye con equilibrio, no de matemático, sino de artista, una producción seria y consistente.

Ha sabido reservar el cerebralismo para sus construcciones físicas, pero quizá esa nota del conjunto, del equilibrio que señalamos, común al doble creador que mora en él, le ha dado las características de su recia personalidad musical.

Recordemos sus títulos esenciales, que han ido definiendo su exquisita expresividad, dentro de un desarrollo moderno, de músico que vive y conoce los problemas de su tiempo y sabe dotar a sus producciones del sentido de su momento.

De su ballet *La Pastora Marcela,* de sus bocetos sinfónicos *A pie y en coche, Feria* y *El Buen Retiro* se deduce claramente su dominio de la orquesta. Y nos produce el deseo de escucharlas de nuevo, de oírlas una y otra vez, sin que podamos explicarnos —inclinados como estamos al lado de la música—que no se aleje del arte arquitectónico, para que su producción suene con mayor frecuencia en los violines de nuestras orquestas.

Su producción pianística, sus canciones, su música de cámara nos ofrecen el denominador común de sus trazos duros y frágiles a la vez, en admirable paradoja expresiva.

Manuel Martínez Chumillas carece de vanidad, apoya su fuerza en su música, en una verdad concreta que va de la brillantez colorista de la orquesta en su obra *Feria* a la íntima expresión de su cuarteto número 2, al que con gran acierto aplica el apelativo de *Doméstico,* doméstico en lo interno, en sus líneas y aun en el alternar de sus voces, ora claras, ora audaces como una pirueta.

C. J. C.

COLABORAN EN ESTA SECCIÓN:
SANDRO TACCONI
TOMAS SALINAS
CARLOS JOSE COSTAS

BIBLIOGRAFIA Y NOTAS

HERNAN CORTES EN SU AMBITO (*)

POR

RAFAEL HELIODORO VALLE

Cuando tuve el honor de ser uno de los fundadores de la Sociedad de Estudios Cortesianos, me adherí al propósito de hacer de ella un centro de auténticas investigaciones, que nos permitiera conocer, lo más aproximadamente posible, la vida y la obra de Cortés, sin dejarse llevar por las corrientes de la hostilidad deliberada o de la admiración ciega, que han impedido por mucho tiempo apreciarla con justeza de ánimo. Sólo así podrá colocársele en su verdadero sitio, librándolo de las intemperancias de la demagogia, que son peligrosas como las intransigencias de la pasión ciega y torva. Los unos y los otros le han hecho gran daño, presentándolo intocable o negándole actos de grandeza y haciéndole responsable de hechos que no perpetró y que siguen, a lo largo del tiempo, ensombreciendo los perfiles de su personalidad. Quienes le deturpan solamente olvidan que era hombre de su tiempo, y que en torno a él se agitaban las ambiciones imperiales y civilizadoras de un gran pueblo, a quien correspondía uno de los turnos de la grandeza histórica. Sólo así, publicando todo lo que a él se refiere, estudiándolo, analizándolo, sin esconder las miserias y las flaquezas, pero sin negarle las luces que le ilustran, será posible aproximarse a su verdad y a su circunstancia. Convertirle en símbolo de una ideología es labor antihistórica, porque él fué una lujosa síntesis de las cualidades y los defectos humanos de su época, a la vez que el intérprete de un pueblo en movimiento que se sentía estremecido por los designios de una alta misión.

Es evidente que los estudios históricos deben ser apolíticos. Lo es también que el historiador, el exegeta de pueblos, debe tener pasión; pero no la baja, la que es víctima de sórdidos prejuicios, sino la constructiva, la que percibe en el fondo del tiempo que esas líneas, que son la figuración de un paisaje, la pasión que levanta del polvo de los días la luz que magnifica a los grupos

(*) CUADERNOS HISPANOAMERICANOS *se honra en incluir nuevamente otra colaboración del prestigioso escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle. En nuestro número del pasado mes de julio publicábamos, en la Sección "Nuestra América", un trabajo del gran crítico centroamericano acerca del tema "El libro en Honduras". Ahora ofrecemos a nuestros lectores este "Hernán Cortés en su ámbito", prólogo a la obra* Bibliografía de Hernán Cortés, *que aparecerá próximamente en su primera edición.*

humanos y las individualidades. El historiador, que ha hecho compromisos con la probidad, tiene el deber de aclarar el documento muerto y seleccionar los textos en que no se ha entremetido la calumnia del contemporáneo o el odio personal de los postreros. Con otro criterio no se quedaría sobre el pavés de la Historia ni el santo que tuvo ira ni el héroe que no pudo ceñirse, tan sólo por un pecado, el cíngulo de la santidad. Recordemos la frase de Rodó al acercarse a Bolívar, en la que el maestro señala la hermosura de la luz, que hace eclipsarse la parte impura del héroe.

Cortés fué uno de los grandes de España y de América; lo sigue siendo todavía. Los grandes de España no sólo fueron aquellos que pelearon contra los moros y defendieron las ciudades, sino los que, gracias al trabajo, se hicieron señores, dejando ejemplo a su nación—tal don Hernán Cortés—, y todo lo pusieron al servicio del bien común, creando fuentes de riqueza, combatiendo el dolor humano al construir un hospital o una hospedería, buscando fuentes de felicidad al traer semillas nuevas o erigir bastiones para defender la cultura. Así el conde de Lemos, que fué mecenas de hombres de Letras; o el príncipe de Esquilache, que fué el centro de un mundillo intelectual; o el conde de Tendilla, que será recordado mientras consultemos el *Códice Mendocino* o se haga el elogio de las humanidades en la Nueva España; o el mismo marqués del Valle, que si no era de casta de hidalgos, era de honda extracción popular, y vivirá mientras se pondere lo que hizo. Cortés tiene menos vínculos con su marquesado que con los orígenes de la Universidad de Méjico, de la historia de las ideas políticas y sociales, de la revolución agrícola y pecuaria, la minería y el comercio, la industria naval, las letras y la antropología, el buen humor del mejicano, que viene de "aquellos que todo lo ganaron y todo lo perdieron". Y los tiene también, en grado sumo, con la historia de las investigaciones estéticas, que bien lo advirtió Salvador Toscano al decir que fué el primero que dió a conocer en Europa la riqueza de las artes plásticas del Méjico antiguo. Semejante a Cosme de Médicis fué, ante todo, un hombre de trabajo, de empresa, mucho antes de venir al Anáhuac, ya que había pisado firmemente la tierra, cultivándola en Santo Domingo y en Cuba.

Cortés hizo historia, porque además de tener claro ingenio le ayudaron españoles de oscura genealogía muchos de ellos, que se ganaron el noble título de fundadores y pobladores, así como los que acompañaron a Colón y a Balboa, a Olid y a Pizarro. En el libro *Pasajeros de Indias* se revaloran los nombres de los que fueron tejedor o sembrador de olivos, o alarife o criador de gallinas o trajo los primeros garañones o instaló los primeros molinos; y así se ganaron, a puño cerrado, la nombradía y la distinción en los anales de la cultura y el progreso. Muchos de ellos, como Pizarro, el que fué marqués de los Atavillos, había sido cuidador de puercos en su aldea, o el otro, que figura con eminencia en la historia literaria, no era más que un soldado raso, o un cantador que tocaba la vihuela. Saben muy bien los genealogistas que aquellos a quienes en su tiempo se les llamó "varones de Indias" fueron más ilustres por el oficio y el saber que poseían que tal o cual "marqués mío no te asombre", de quien sólo sabemos hoy porque algún gran pintor le inmortalizó en la tela. Goya fué más grande que sus reyes, como Cortés más que el César, que no le comprendió, y a quien ofrecía un vasto plan civilizador que no pudo entender. Y el genealogista no ignora que hay en la obra de los grandes pintores un vasto arsenal de noticias para esclarecer rangos y purificar títulos. Muchos de los fundadores próceres advienen de familias humil-

des, y el hijo del platero, Felipe de las Casas, o la hija de dos oscuros súbditos, Isabel Flores de Oliva, bastan como expresiones de la democracia en aquel mundo imperial. Quien reconstruye el árbol genealógico del impresor Juan Pablos o del metalurgo Bartolomé de Medina, o del carretero Sebastián de Aparicio, aducirá razones más claras que las mías.

Pero hay una genealogía más interesante acaso: la que reconstruye los orígenes intelectuales de los hombres con tinta y con ideas o de los sabios con laboratorio y bisturí. Allí no ocurre lo del refrán: "El padre aventurero, el hijo parrandero y el nieto pordiosero." En esas investigaciones, las ideas se mueven dento de una atmósfera abierta al espíritu del español de los siglos XV y XVI, fomentada por la distancia entre las ínsulas, las gobernaciones y la metrópoli.

El César Carlos V se hallaba muy lejos de América, y a pesar de la voluminosa información que recibía, no le era posible enterarse de ella personalmente, porque los acontecimientos de Europa le absorbían totalmente la atención. Tenía veintiún años cuando Cortés tomó Méjico-Tenochtitlan. Eran los consejeros de Indias quienes leían las cartas de los conquistadores, la Audiencia de Santo Domingo y los jefes de las nuevas provincias religiosas. Tanto era así, que si la curiosidad del rey hacia América se hubiese afirmado desde entonces, el centro de gravedad del Imperio se habría movido hacia alguna de las zonas de los acontecimientos americanos, Méjico o Cartagena de Indias quizá, y la suerte de la América española habría sido otra frente a los apetitos de los enemigos de España.

Tras largas exploraciones en las bibliotecas de Méjico, Lima y Wáshington, ha culminado la *Bibliografía de Hernán Cortés*, bajo el auspicio de la Sociedad de Estudios Cortesianos, que en la primera fundé con el concurso nobilísimo de hombres de estudio mejicanos. Mi propósito fundamental se ha cumplido: acopiar el mayor número de materiales para el conocimiento más aproximado de *El Conquistador*, defendiéndole de las intemperancias de la admiración excesiva y del odio que ruge. Para apreciar su vida y su obra han faltado, hasta hoy, los elementos de juicio que en cuatro centurias se han ido concentrando en libros y en manuscritos, y a pesar de su número e importancia se hallan dispersos, no pocos desconocidos aún para los investigadores sagaces. Desde la época en que conmovió a Europa con sus hechos hasta la nuestra, en que todavía suscita controversias, ha transcurrido el tiempo suficiente para analizarle con el cuidado que exige la crítica, comprenderle y darle el sitio legítimo que se merece por ser el héroe central de un movimiento histórico.

He pretendido trazar el mapa cronológico de los materiales impresos que se refieren a Cortés. Ese trabajo tiene un antecedente: el que preparó José Toribio Medina, y cuya publicación se anuncia con motivo del primer centenario de su nacimiento. Antes de él, Joaquín García Icazbalceta y el norteamericano Harrisse habían reunido noticias sobre las ediciones europeas de las cartas cortesianas, las dirigidas al rey. Pero entre los años de la muerte de Medina y el de hoy ha surgido una rica producción impresa que ellos no conocieron, y que he tenido, por fortuna, a mi alcance a lo largo de mis investigaciones.

Creo que en el siglo XVI de América, después de Colón, es Cortés quien ha ofrecido un temario múltiple, que tiene ramificaciones en la diplomática, la biografía, la crítica histórica, la antropología y las investigaciones estéticas.

Vendrá después, para quien disponga de más tiempo y calma, la tarea de preparar la bibliografía crítica del gran español que, en cuatro siglos, ha recibido ditirambos y mordeduras. Continúa en espera de sus jueces; el número de testigos es enorme; pero habrá que cotejar sus declaraciones, acrisolarlas, ponerlas en parangón con las de sus detractores y sus panegiristas, y dar a ese proceso la respetabilidad que exigen el héroe y su circunstancia.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

RAPIDO TRANSITO

EL TIEMPO, ESE FANTASMA QUE ANUDA LA AMISTAD

A la sombra violeta de las doradas torres salmantinas, a punto de enmadejarse el cielo con el vuelo de las golondrinas que tienen posada en ellas, encontramos, después de varios años, al escritor nicaragüense José Coronel Urtecho, nuestro amigo. A la sombra apacible, amorosa y entrañable de las torres solares de Salamanca escuchó a José Coronel quien esto escribe, y sintió que el tiempo había pasado muy lentamente, casi con pereza y suavidad de gato. Coronel acaricia este gato del tiempo pasado con sus palabras, que hispen el pelo en el recuerdo.

Ha recorrido el escritor medio mundo en media vida. El otro medio lo ha dejado para recorrerlo a partir de este instante. Dice que le gusta quedarse en los lugares apacibles que visita. Decimos que gusta del nomadismo, de vagar y naufragar y salvarse en la intranquilidad permanente y en el viajar constante. Sí; le gusta ir de un lado a otro con su maleta, sus libros, su mirada avizorante de niño al que maravillan los libros de aventuras, con la chaqueta desabrochada y las manos en los bolsillos, con algo de marino y algo de *clown* de paisano en su figura. Ha saludado los puertos del Atlántico con su mejor saludo de poeta con cargo de despedidor oficial. Ha echado anclas en esa caleta mágica del viaje que es la nostalgia. Hoy, de forma imprevista, por providencial lotería, nos ha tocado encontrarle en Salamanca. Nuestra amistad no se ha desgastado un punto; es buena moneda.

Pensando poco, pero pensando, se nos ha ocurrido divagar sobre el tiempo pasado. El tiempo, ese gran fantasma, no desata nada, anuda. El tiempo, ese gran contable, no borra, hace surco con su milagroso lápiz.

La disculpa de nuestro encuentro ha sido el II Congreso de Poesía para él y ciertos deberes para uno; mas ya sabíamos que en Salamanca, en su Granada o donde fuese, nos volveríamos a encontrar. Porque el mundo es un pañuelo, como dicen, y el tiempo lleva un uniforme construído con pañuelos de despedidas y de encuentros. El tiempo que lleva la blanca vestidura de todos, de absolutamente todos los fantasmas que pasan.

EL LIBRO, ESAS PALABRAS QUE ANCLAN EL TIEMPO

Rápido tránsito es como una conversación con su autor. En *Rápido tránsito* nos lleva José Coronel prendidos de una prosa viva y coleante desde su

hacienda de Nicaragua, orillas del río San Juan—río de conquistadores y de piratas—hasta las tabernas misteriosas, poliglotas y poliétnicas de los más recoletos lugares de los callejones neoyorquinos. Desfilan por él, con su paisaje al fondo, novelistas y poetas, personajes mayores y menores de la formación y de la vida del escritor. El escritor, el poeta, en este su libro, no se aviene a otras razones que aquellas que pasan o hacen pasar por el estrecho tamiz del lienzo mágico de su sensibilidad. El escritor, el vagabundo, corretea desesperadamente por la selva intrincada de la gran ciudad del mundo: Nueva York. Luego nos regala sus impresiones en un capítulo alucinatorio, vertiginoso, terrible. Todo lo que hay de erudición en este libro es fuerza viva, no letra muerta. Es un libro cálido.

Cuando descubre en el capítulo "Memorama de Gotham" la ciudad de Nueva York, mudan sintaxis y ortografía; todo cambia, se torna sonido, luz, aroma, tacto y sabor furiosos. Nueva York tiene en él su música, su resplandor, su suciedad particular, su lágrima oceánica, su contorno dinosáurico, antediluviano. Se nos da trágico, tierno, aburrido, alegre, triste, gigantesco papá de los espantapájaros. Nueva York está en la cima del libro.

Rápido tránsito está compuesto en siete capítulos. Siete largos saltos de la vida del escritor, del tránsito del hombre. Pero este libro, que ya hemos dicho que es como entrar en conversación con su autor, ata lo que se va, lo que huye, lo que es rápido tránsito, y edifica un paréntesis en la literatura de viajes hispanoamericanos. El libro queda, aunque el tiempo, los sucesos y los hombres se desparramen en fuga.

IGNACIO ALDECOA.

EL ARPA DE HIERBA

En el año 1948, Truman Capote, de Nueva Orleáns, cumplió veintitrés años. Hasta ese momento, sus ocupaciones habían sido: pintar en cristal, escribir los discursos de un político de tercera fila, bailar en un *bateau-mouche,* estudiar el arte de la adivinación y predicción del futuro... En 1948 añade a esta curiosa serie de oficios y *hobbies* un sensacional suceso: la aparición de su primera novela *Other voices, other rooms.* La sorpresa que causó el libro del muchacho se refleja en las críticas del país, en el número de ejemplares vendidos y en la rápida difusión que tuvo por todo el mundo.

A esta primera novela extraña, alucinante y fantasmagórica, siguieron otros tres libros: *A tree of night* (cuentos), *Local color* (viajes) y su esperada segunda novela *The grass harp.*

El mundo fantástico y angustiado que viven los personajes de *Other voices...,* ese mundo de "pantanos miásmicos y destrozadas mansiones", que aterra y maravilla a M. Clark, parece haberse purificado en *El arpa de hierba.* Truman Capote, sin perder ninguna de sus cualidades de narrador mágico, ha empleado la magia de sus palabras en un cuento de hadas, al que incorpora todos los elementos realistas, todos los variados giros del lenguaje y la psicología de nuestros días.

Los cinco seres—dos ancianas, un anciano y dos jóvenes—que Capote reúne

en su segunda novela tienen alma de niños, imaginación de adolescentes y vocación de Robinsones. Se alejan, quieren alejarse del mundo mezquino en que viven, y el cual, a cada uno por distintos motivos, no satisface. Su creador los empuja al bosque cercano a la ciudad, a una casa-nido construída entre dos árboles, y desde lo alto, sentados en la noche, sueñan los cinco un largo momento de seguridad y alegría.

La ternura y la riqueza de matices de Truman Capote se vierte, se canaliza, con predilección, en Dolly Talbo, la anciana niña, loca según su áspera hermana, que busca plantas medicinales en el bosque mientras escucha la voz de la Tierra: "¿No la oyes? Es el arpa de hierba, que está siempre contando un cuento (conoce todas las historias de la gente que duerme en la colina) de toda la gente que ha vivido, y cuando nosotros estemos muertos, contará también nuestra historia."

Collin, el niño, escucha. La vieja negra, Catherine Creek, refunfuña y saca de su bolsa pasteles y una botella de zumos. Luego llegan Riley Henderson, el joven que caza en el bosque, y el solitario juez. Los cinco, sentados en la casa-nido, entre los dos árboles, mientras el *sheriff*, el pastor y las honorables damas de la ciudad, los buscan. El juez ha colgado de una rama del árbol su reloj de oro, y el murmurar del tiempo, al pasar, los acompaña. El viejo juez dice: "Yo era un hombre convencido de que mi vida había pasado incomunicada, sin dejar huella. Veo ahora que no he sido tan desgraciado. Miss Dolly, ¿cuánto tiempo? ¿Cincuenta? ¿Sesenta años? La recuerdo desde hace mucho tiempo. Una niña tiesa y ruborosa, cabalgando con su padre a la ciudad... Tantos años viéndola y nunca antes la había reconocido como lo hice hoy, como lo que es: un espíritu..."

Lewis Gannett escribió en el *New York Herald Tribune:* "Como William Faulkner, Truman Capote tiene el don de pintar el mundo en palabras." El mundo a que nos llevan las palabras de Truman Capote es un mundo de convincentes realidades, inmerso, rodeado de una niebla de recién creada, amanecida poesía

IGNACIO ALDECOA.

ANTOLOGIA DE LA POESIA CHILENA

Este nuevo volumen de la colección de Antologías que nos viene ofreciendo el Instituto de Cultura Hispánica se abre con una interesante introducción de Renato de Mendoça, a quien se debe igualmente la selección de autores y poemas. Las versiones castellanas—lástima que la Antología no sea bilingüe—son de Rafael Morales y Santos Torroella.

La poesía brasileña se destaca, entre la de los otros países de la América española, con caracteres propios, discernibles apenas nos llegamos un poco a ella. Y esto tanto en ese primer período en que se cumple la trayectoria romanticismo-parnasianismo-simbolismo, como a través de los años que seguirán, pasando por la etapa modernista, hasta estos de ahora, con la más joven poesía brasileña. Son distintos factores los que pesan en calidad de ingredientes sazonadores, que no harán sino animar en un sentido o en otro la genuina

fisonomía poética de este país. Así gravó en ella ese sentimiento de nostálgica melancolía tan típicamente portuguesa: la saudade, que en tierras de Brasil puede encontrar un sentido más arraigado, viejo, cada vez más olvidado al paso de las generaciones, pero entrañablemente adherido. Unese a esto esa callada melancolía que es rasgo del indio, y que por su parte vendrá a poner su grano de arena en este aspecto "saudoso" de raigambre atávica dentro de la poesía brasileña. Visto esto, cabría preguntarse: ¿y ese clima de alegría, de cálido optimismo, de plenitud de color que entendemos ser el Brasil? Indudablemente Brasil es eso también, como se traslucirá en su manifestación poética: la sensualidad, que alterna con aquel otro lado de la medalla que acabamos de examinar. Una sensualidad que no es sino paisaje reflejado en la medida del hombre.

Hemos de contar aún con otro rasgo decisivo: el indianismo. Uno de los más grandes poetas de esta literatura, Manuel Bandeira, fielmente representado en esta Antología, es autor de una *Antología de poetas de fase romántica*, en la que escribe sobre este factor que es el indio: "El indianismo, lejos de ser la planta exótica mal trasplantada por los románticos, tenía raíces profundas en nuestra literatura popular. La idealización del indio correspondía perfectamente al sentido nacional: es ésta anterior al romanticismo y no desaparece con él." De aquí que resulte innecesario, como observa muy acertadamente el señor Mendoça, la explicación del indianismo romántico de la literatura brasileña, como debido a influencia de Chateaubriand y Fenimore Cooper.

Poseía, pues, el Brasil cuantos elementos podían contribuir a la plasmación del momento romántico. A ofrecernos una muestra de él, así como de las derivaciones brasileñas del parnasianismo y del simbolismo francés, está dedicada la primera parte de la presente Antología. La inicia la romática figura de Gonçalves Dias, el autor de *I-Juca-Pirama* y de las *Timbiras*, las epopeyas románticas más famosas de la literatura brasileña, en su aspecto indianista. Porque el indianismo es el rasgo capital de este poeta, que, junto a exquisiteces de un blanco y melancólico lirismo de salón, canta la exótica exuberancia del paisaje de su país o recuerda nostálgico las palmeras con aves que gorjean de modo tan distinto, como en la aquí incluída *Canción del exilio*.

Pertenecientes a la segunda generación romántica, más atormentada por cuestiones trascendentales y filosóficas, Alvarez de Acevedo y Junqueira Freire —muertos los dos en plena juventud—significan exactamente la obsesión de la muerte, la inquietud religiosa, la preocupación por el más allá. Fagundes Varela, con su poema *Cántico do Calvario*, completa, juntamente con algunos más, el cuadro que de la poesía romántica nos ofrece la Antología.

Sigue al período romántico una época de claro influjo francés en sus dos aspectos consecutivos de parnasianismo y simbolismo. El primero de ellos se impondrá a la poesía romántica con carácter de reacción: Alberto Oliveira, Correia y, mejor que todos, Olavo Bilac, que supo conservar, aun dentro de unas líneas absolutamente de importancia, sus rasgos aborígenes. Pero ni en la belleza estática y petrificada del parnasianismo ni en la alucinada melancolía del simbolismo, con Cruz e Souza a la cabeza, podía realizarse cuanto el alma brasileña lleva en sí.

Es la generación de 1922 la que prorrumpe en un impetuoso grito de renovación: "Vamos a encontrar el Brasil", que abrirá paso al modernismo y, más tarde, a las corrientes de la poesía brasileña actual. Con Manuel Bandeira se abre la segunda parte de la Antología, en la que se ha reunido un grupo

de poetas entre los que figuran nombres tan significativos como los de Jorge de Lima, Murillo Mendes, Carlos Drumond de Andrade, la deliciosa Cecilia Meireles, Augusto Federico Schmidt, Vicinius de Moraes... No hemos de ocultar cuánto más ha de interesarnos esta segunda parte, no sólo por su mayor proximidad a nosotros, sino por estimar superiores los poetas aquí reunidos a los que desfilaron ante nosotros en el primer período de poesía que recoge esta Antología.

Manuel Bandeira, después de una primera experiencia simbolista, se coloca a la cabeza del grupo reaccionario: no más lo importado, lo absolutamente extraño a la esencia misma del Brasil. El será el camino inmediato de una poesía nueva, de perfiles propios, que da pie a la que había de seguir; de ahí que su poesía tenga una extraordinaria importancia climática, aparte, claro está, su íntimo valor. Porque la poesía de Bandeira se nos presenta, además, con una riqueza de inspiración que va no sólo más allá del simbolismo, por el que pasó casi sin detenerse, sino del modernismo, del que Bandeira fué uno de los iniciadores, sobreponiéndose a cualquier limitación impuesta por modos o modas.

La experiencia del modernismo tiene su representante máximo en Mario de Andrade, introductor del verso libre en Brasil. Luego de ciertos tanteos en busca de formas nuevas y de una expresión puramente nacional, brasileña, se define con una obra poética de serena madurez, aligerada de lo que pudiera ser el lastre modernista: una poesía sencilla, sosegada. Los dos *Poemas de la negra* emanan este sosiego, en medio de una lenta y suave penumbra, poemas casi entre sueños:

¡Eres tan suave!
Tus labios suaves
yerran por mi rostro,
cierran mi mirar.

Anochecer.

En la suave oscuridad
que se desprende de ti,
que se disuelve en mí.

¡Qué sueño...!

Yo me imaginaba
que eran duros tus labios,
pero tú me enseñas
el retorno al bien

De Jorge de Lima se han incluído en esta Antología poesías, todas ellas pertenecientes a la segunda fase poética del autor. Creo que esto obedece a un criterio acertadísimo, pues conocida es aquella primera manera suya de un violento tipismo brasileño, que motivó composiciones tan difundidas como *Esa negra Fulô* y *Madorna de laiá*, entre otras. Había de resaltar, pues, de mayor eficacia para el conocimiento de la obra de este poeta, presentarnos algunos ejemplos de esa segunda fase, cuya consigna es "la restauración de la poesía en Cristo". Bajo este lema publica en 1934, junto con Murilo Mendes, *Templo e Eternidade*. El poeta se hace hermano del hombre, hermano en el Señor, y fraternalmente le dará lo que tiene:

Escuchad, hermanos míos:
Saqué de todo poesía
para ofrecérsela al Señor.
No saqué oro de la tierra
ni sangre de mis hermanos.
... ...
Para daros no tengo más que poesía.
Sentaos, hermanos míos.
(Reparto de la Poesía)

Sin embargo, a pesar de este empeño de poesía dentro de una tónica espiritualista, de clara religiosidad, Jorge de Lima no puede—o tal vez no quiere—esquivar la llamarada de color, de calor material que irrumpe en medio de ese balance de vida que hace, y en el mismo poema exclama:

Capitán mayor, ¿dónde está el Congo?
¿Dónde está la isla de San Barandán?
¡Qué noche tan oscura, capitán mayor!

A este mismo sentido profundamente religioso responden todos los poemas incluídos en las páginas dedicadas a Jorge de Lima. Todos menos uno: el titulado *Aline,* de tono absolutamente distinto. Con una gracia fresca y jugosa se nos va presentando, como en una sesión de cine mudo, los distintos planos —en el espacio y en el tiempo—de un retrato—el de Aline—, con calidades de daguerrotipo.

Para Manuel Bandeira, Murilo Mendes es "acaso el más completo, el más extraño y seguramente el más fecundo de esta generación". Ya nos referimos a él al hablar de Jorge de Lima. Efectivamente, también Murilo Mendes pasa por un cambio en la línea de su poesía: una vuelta al catolicismo, que se reflejará en todos sus libros a partir de *Tempo e Eternidade* (1934). Ejemplos de los más significativos de ellos encontramos en la selección que el señor Mendoça ha hecho entre la obra de este poeta, uno de los maestros de la actual poesía brasileña. Sin embargo, su poesía habría de ser superada por la de una figura de extraordinaria fuerza agreste, profundamente humana y enraizada en la más pura elementalidad de la tierra: Carlos Drummond de Andrade. Coetáneo de Murilo Mendes, participó también en el movimiento modernista, aunque mostrando siempre una fuerte personalidad, constantemente preocupado por lo social. Su obra, repartida en diversos volúmenes, *Alguma poesia, Brejo das almas, José,* etc., ha sido recogida últimamente en *Poesia até agora,* en que figura además un capítulo final de *Novos Poemas.* La humanidad de Drummond de Andrade trasciende lo individual que pueda surgir de su más llagada entraña de poeta para verterse en lo social, en el terreno de los otros, de los demás, de todos. Vemos en él al hombre que habla del Hombre con voz que nos suena como allegada. El funde su personalidad, su yo concluso en el Hombre concluso también, como él, absolutamente como él en todo:

... Primero la muerte particular,
restringida, silenciosa, del individuo.
Muero secretamente y sin dolor,
para vivir tan sólo como pedazo de veinte,
y me incorporo todos los pedazos
de los que igualmente, callados, irán pereciendo...

El será ese pedazo de todo llamado a cantar, a decir. El dirá de toda esa

vida que por minutos se realiza vertiéndose hacia la muerte. Con su peculiaridad mecánica de este ahora que vivimos:

... tomo el coche. Indico el lugar
donde algo espera. El campo. Reflectores.
Paso por entre mármoles, vidrio, acero cromado.
Subo una escalera. Me inclino. Penetro
en el interior de la muerte.

La muerte aséptica, previamente medida, calculada, esperando en un lugar concreto y estrecho. La muerte es ahora aproximación mecánica a un lugar, a un instante. Vivimos minuto a minuto. Final hacia el que se avanza con una serenidad que nos viene holgada a nuestra talla humana: avanzar tan seguro, tan conforme, que nos permite un lento parpadeo entre blandas minucias:

... Me lavo nuevamente.
Que los cabellos se muestren ordenados,
y las uñas no recuerden al rebelde muchacho antiguo.
La ropa sin polvo. La maleta sintética.
Cierro mi cuarto. Cierro mi vida.
El ascensor me encierra. Estoy sereno.

Cada punto, cada palabra tiene su peso justo, la intensidad precisa. *Morte no avião* es un poema impresionante, y no sin pena lo abandonamos: hubiéramos querido discurrir por él sin prisas, de palabra en palabra. No hay gran diferencia en lo que encontramos en los demás poemas aquí traídos. Hay ese amor al hombre, al que el poeta, hablándose, habla. *Consuelo en la playa* es un poema buenísimo, en el que la ternura se muestra sin tapujos:

Vamos, no llores...
La niñez está perdida.
La juventud está perdida.
Pero la vida no se perdió.
... ...
No tienes casa, navío, tierra.
Pero miras el mar.
... ...
Estás desnudo en la arena, en el viento...
Duerme, hijo mío.

Pero, sobre todo, hay algo: la hermandad entre copartícipes de una vida que cada uno, desde su final—su disolución—, va legando a los que vendrán después:

... pero que esa luz basta, la vida es bastante; que el tiempo
es buena medida, hermanos, vivamos el tiempo.
... ...
¡Adiós presencia mía, mi mirar y mis arterias,
mis huecos en la almohada...
adiós, vida legada a otros!

Podríamos decir que lo más importante del pensamiento de Drummond de Andrade está contenido en este poema: *Los últimos días*. Su visión del mundo, de ese mundo anegado en tintas indelebles, está en el que sigue: *Visión 944*. En suma, un poeta cuya presentación en esta Antología nos deja insatisfechos, por más que se le haya concedido un espacio adecuado.

La misma sensación experimentamos luego de leer la *Elegía* de Cecilia Meireles. Rebosante de emoción dentro de unas líneas tan sencillas, que hacen destacar aún más esta calidad sobrecogedoramente emotiva:

Me incliné sobre tu rostro, absoluta, como un espejo.
Y tristemente te buscaba.
Pero también fué inútil, como todo lo demás.
... ...
Todo en ti era ausencia que se demoraba:
una despedida dispuesta a cumplirse.

Y ese estupendo final al que nos lleva como de la mano, luego de haberla seguido en su monologante discurrir por entre la vida y el recuerdo, para decir:

No tienes voz, ni movimiento, ni cuerpo.
Y yo te reconozco.
¡Ah, pero a mí, a mí,
quién sabe si me podrás reconocer!

Augusto Federico Schmidt dejó oír nuevamente una voz discordante: clama contra lo pintoresco, que se había querido buscar en una poesía ceñidamente nacional, a veces de sinceridad discutible. Así, se entrega a una poesía intimista, sin paisaje exterior dotado de valor propio, sino sólo circunstancial en relación con un suceso de la vida interior del poeta. Poesía hecha desde el momento transitorio que es la vida—el presente—, enfocada hacia un antes, cuyo pensamiento llena de pesadumbre ("Tristeza desconocida"):

Es que no es mía esta tristeza.
... ...
mi alma recibió esta tristeza que no es mía,
llegada acaso como mensaje enviado desde lejos a un muerto reciente,
mensaje que andaba perdido buscando un corazón cualquiera descuidado
[en aquel instante.

Sólo el vislumbre profético de un momento por venir, afortunadamente próximo, el momento de la Poesía, en el que comprenderemos todo el misterio inabarcable de la Resurrección. Papel revelador de la poesía trascendental. He aquí lo que preocupa a Carlos Federico Schmidt. Una profunda religiosidad que, juntamente con su esencialidad poética, le arrancará palabras de vidente, en un balbuceante decir de alucinado.

No podemos pasar de largo sobre la figura interesantísima de Vicinius de Moraes, poeta de perfil personalísimo, que ha contribuído en no poco a la brillante etapa por la que pasa actualmente la literatura brasileña.

Se cierra la Antología con unos poemas de Joâo Cabral de Melo y de Ledo Ivo, representantes ambos muy destacados de la joven poesía del Brasil.

JOSÉ ANGEL VALENTE.

ETICA, DERECHO E HISTORIA (el tema iusnaturalista en la problemática contemporánea), por José María Díez-Alegría, S. J.—Ediciones Sapientia.—"Colección de Ciencias del Espíritu".—Tomo I.—Madrid, 1953.—Un volumen en 8.° mayor.—225 págs.

Ediciones Sapientia inaugura una nueva sección: "Colección de Ciencias del Espíritu", que se dispone a abarcar en una exploración rigurosa y sistemática el mundo de las realidades, que se levanta sobre lo meramente material y cuantitativo. Y lo inaugura con una obra que viene a insertarse en lo más agudo de la crisis que atraviesa la problemática éticojurídica en nuestro tiempo.

El tema del fundamento metafísico de la obligación moral, núcleo del orden de problemas que al doctor P. Díez-Alegría más asiduamente preocupan, había sido ya tratado en su tesis doctoral de Filosofía en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma: "El desarrollo de la doctrina de la ley natural en Luis de Molina y en los maestros de la Universidad de Evora de 1565 a 1591", en la que descubre un mundo inédito para la cultura contemporánea de especulación éticojurídica de primer orden.

Se disponía a continuar sus investigaciones históricas a lo largo de toda la Escolástica postridentina acerca del fundamento de la obligación, cuando en el primer Congreso Hispano-Luso-Americano y Filipino de Derecho Internacional, celebrado en Madrid en 1951, la ponencia del profesor Luna, de la Central, y su discusión, puso de manifiesto la trascendencia y el interés suscitado en los juristas actuales por el problema de la dialéctica tensional de inmutabilidad e historismo en el Derecho Natural y sus relaciones con la Etica.

El rector de la Facultad Filosófica de la Compañía de Jesús, de Madrid, y profesor de Etica en la misma, P. Díez-Alegría, propuso entonces estudiar con lealtad insobornable estas graves cuestiones, atendiendo a las preocupaciones de los espíritus de nuestro tiempo y a los puntos de vista que se han señalado en el ámbito del pensamiento hispano-luso-americano actual.

En concreto: las cuestiones radicales suscitadas por las posiciones positivista-existencialistas de la teoría egológica de Cossío y su escuela y por el influjo de Maritain en el mundo americano.

Es definitivo el estudio del fundamento trascendente al puro orden fáctico-coactivo del positivismo jurídico, de la normatividad del Derecho, a la luz de la gigantesca fenomenología de este *existential* del Derecho, ofrecida por los evidentes atropellos de derechos fundamentales, realizados hoy por medio de un aparato judicial y policíaco irreprochable, con que da comienzo la obra.

Mas esta integración del Derecho en el orden moral plantea un nuevo problema: el de la obligatoriedad de toda ley jurídica, conocido en la especulación moral por "obligatoriedad de las leyes puramente penales". Se examinan agotadoramente las diversas soluciones dadas con la competencia técnica de un doctor por la Gregoriana, y apunta el autor su propia posición.

La otra vertiente del problema, puesta hoy de actualidad por el profesor argentino Carlos Cóssio, cuya posición es inaceptable, es la cuestión de los comportamientos jurídicos inmorales. Con una sencilla transcripción de textos se demuestra que es temeraria e inexacta la opinión que el autor argentino se ha formado de la posición escolástica en este respecto, especialmente la de Suárez, que al profesor español parece incluso demasiado discriminativa entre el orden ético y el jurídico. El P. Díez-Alegría acaba exponiendo

ampliamente su posición propia, dotada de equilibrio y comprensión dentro de un profundo sentido jurídico.

Por tanto, si se quiere evitar la disolución positivista sociológica de la esencia del Derecho es imposible prescindir, en cualquiera de las instancias de realización de dicha esencia, de su referencia al mundo de las valideces morales. Kant queda a medio camino al querer liberarse de la heteronomía de lo empírico en la esfera del querer moral, pues la autonomía de la razón está llena de antinomias; pero Scheler, con su ética material de los valores, nacida de una teoría deficiente de la abstracción, tampoco ofrece una solución viable. A este propósito realiza el autor una completa visión de la axiología postkantiana, que demuestra su capacidad de sintonización con otros rumbos culturales, y acaba el parágrafo con un estudio, no verificado hasta ahora, del modo como la naturaleza del hombre es fundamento de valideces éticas, siguiendo de cerca la posición de Gabriel Vázquez.

Con una exposición de las objeciones de Cossío y Larenz contra la inmutabilidad del Derecho Natural, y un examen del intento de solución trascendentalista de Augusto Guzzo, comienza el segundo capítulo.

Sigue un sondeo de la tradición escolástica, con una matización y conocimiento de causa que sólo un profesor de Facultad de Filosofía Escolástica, doctor por la Gregoriana y teólogo, podía realizar; precede una explanación de las aporías que la Historia Bíblica ha venido presentando tradicionalmente contra la inmutabilidad (sacrificio de Abrahán, despojo de los egipcios, matrimonio hebreo soluble por divorcio perfecto). Se examina detenidamente, teniendo en cuenta las fluctuaciones de expresión, la obra del Aquinate. Se compara al Angélico con sus sucesores genuinos de la Segunda Escolástica: Domingo Soto y la evolución de su herencia en los doctores de Evora: Cerqueira, Gonçalvez y Molina júnior, para acabar aceptando como más cercana a la verdadera solución la teoría de las cualidades exceptivas de la segunda época de Luis de Molina.

En el parágrafo siguiente se considera la misma cuestión en los autores iusnaturalistas actuales, especialmente Santiago Maritain, cuyos fundamentos metafísicos se investigan y critican con una fuerza de penetración hasta ahora inusitada al exponer y refutar al pensador francés. El principio de la analogía de proporcionalidad como vigente entre los ideales jurídicopúblicos de diferentes épocas de la Historia, aparece como insuficiente para explicar la dimensión de historicidad del Derecho Natural, y la renuncia de Maritain a la fórmula solutoria de tesis e hipótesis, tradicional en la Iglesia, como una incursión temeraria de un filósofo en la esfera teológicomoral.

Tras haber examinado detenidamente y criticado la posición de Stadtmüller y Kierkegaard y la *Situationethik*, acaba la obra con una toma de posiciones del autor en la solución de las aporías bíblicas a la luz del principio orientador del mayor o menor peligro que las modificaciones en la reglamentación jurídica de una institución puede suponer en la consecución de sus fines esenciales. A continuación soluciona el problema gnoseológico del Derecho Natural: dialéctica entre norma objetiva y conciencia subjetiva, lo que le lleva inmediatamente a tratar de la tolerancia del error y los derechos de la *buena fe*, para dar fin a su estudio postulando, en definitiva, una apertura de lo jurídico sobre lo teológico.

La obra, presentada como tesis doctoral en la Facultad de Derecho de Madrid, muévese toda en un ambiente de enorme sinceridad científica y humana

y de extraordinario esfuerzo de compresión de las teorías rechazadas. Se halla trascendida por un soplo de fenomenología vivencial, que hace la impresión de una perpetua recreación de nociones, posiciones y criterios selectivos.

Detecta en su autor una polifacética formación humanoteológica y jurídico-técnica que apenas se vislumbra en la abundante bibliografía especializada incluída en los índices.

Pertenece el P. Díez-Alegría a la generación joven, que comienza a dar frutos de madurez, dentro de los profesores de la Compañía de Jesús, cuya preocupación ha venido siendo, desde que en la expulsión del año 1931 se pusieron en contacto inmediato con otras culturas, realizar una fecundación del patrimonio complejo y riquísimo de la ciencia católica tradicional por medio de una apertura comprensiva a las aportaciones positivas e históricamente ya confirmadas como valiosas de lo mejor de la Fenomenología alemana, dentro de un criterio selectivo sólidamente ortodoxo y por una revitalización intrínseca de las posibilidades genuinas del pensamiento escolástico.

Entre el brillo intuitivo de las expresiones plásticas y ágiles, dentro de una rigurosa precisión científica, que hacen sumamente grata la lectura de la obra, adolece de cierta fatigosa complejidad que oscurece algo su comprensión, debida a que la mente de su autor es más cíclica que rectilínea, moviéndose por círculos concéntricos, que hacen el efecto de un iterado replantear de los problemas.

LUIS CENCILLO, S. J.

CLIMA IDEOLOGICO INTERNACIONAL. VERANO, 1953

A propósito del XI Congreso Internacional de Filosofía de Bruselas (20 a 26 de agosto)

Es sugestivo abrir una ventana, en nuestro ambiente caliginoso, 1953, de las fricciones estatales, a un clima más abstracto y compulsar el palpitar metafísico del tiempo.

Aunque tal compulsación es desconcertante y hasta desoladora si se considera a la luz de ideales pretendidos, tiene un valor absoluto y ese regusto sabroso de lo definitivo si se entiende en su calidad de detección de un hecho definitivamente histórico: la actitud mundial en el espíritu—nos guste o no—en 1953.

Sin embargo, parece que no es posible hacerse una idea completa: hay una ausencia total de intelectuales soviéticos, presentes en congresos pretéritos e incluso ciertos medios filosóficos de España apenas han dejado sentirse, así como algunas figuras de los intelectuales españoles exilados en Centroamérica. Mas todo ello no deja de ser un ingrediente más, negativo si se quiere, en el fenómeno histórico cultural del verano 1953.

En Amsterdam, 1948, con ocasión del X Congreso Internacional de Filosofía, la Asamblea General de la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía, dependientes de la U. N. E. S. C. O., en la que se halla integrada nuestra

S. E. F., aceptó la propuesta hecha por las Sociedades de Filosofía de Bélgica, de fijar la sede del próximo Congreso en Bruselas.

En el Comité Ejecutivo del XI Congreso Internacional figuran elementos de muy diversa procedencia, pero que se pueden dividir en dos grupos, los dos eternos bandos en que se reparte Bélgica: miembros de la Universidad de Bruselas y Gante y miembros de Lovaina.

El presidente pertenece a Bruselas, M. Barzin; de los secretarios, uno es de Bruselas, Ch. Porelman, y otro de Lovaina, H. L. van Breda, de la Orden Franciscana y director del Archivium Husserlianum.

Entre los miembros aparece el significado tomista Mgr. Louis de Raeymacker, el historiador de Filosofía contemporánea, A. de Waehlens y el eminente aristotélico Augustin Mansion, los tres de Lovaina, y este último presidente a su vez de la Wijsgerig Gezelschap te Leuven. De Lieja, el presidente de la Société Belge de Philosophie, Ph. Devaux, y E. de Bruyne, de Gante.

Aunque se ha procurado dejar un amplísimo margen a iniciativas personales de los congresistas, el Comité ha propuesto el estudio de ciertos temas, que por sí son ya un exponente de las inquietudes ideológicas del tiempo:

La experiencia en Metafísica.
Variedad y procedimiento de la prueba.
Naturaleza de la explicación en ciencia.
Inteligibilidad de lo histórico.
Fundamento y límites de la autoridad política.
El sujeto del Derecho.
Naturaleza de la fe religiosa.
La significación en el lenguaje.
El papel de la hipótesis en la investigación sociológica.
El problema del "otro" psicológico.
Relativismo y obligación moral.
Especificidad y autonomía de la obra de arte.

En Historia de la Filosofía se dedica particular atención a G. Berkeley y a Roberto de Lincoln (Grosseteste), por celebrarse en este año el centenario de su muerte.

El número de comunicaciones es extraordinario: una media de 33 por sección, y son 13 las secciones. Y son muy diversas sus perspectivas. Tal vez Italia cuente con mayor número de intervenciones, y el segundo lugar lo ocupe Hispanoamérica, con los países de lengua alemana y Francia. Es el castellano uno de los idiomas oficialmente reconocidos en el Congreso.

Grecia, Hungría, Polonia y Yugoslavia, tras el telón de acero, concurren con profesores actualmente residentes. Rusia se halla representada solamente por exilados en Francia, Suiza y Norteamérica. China se halla ausente. Intervienen, en cambio, dos universidades de la India y Nagasaki, del Japón. No deja de ser interesante la aportación de Israel y de Turquía.

En cuanto a las grandes figuras de la Filosofía contemporánea, se observa que es mucho mayor la intervención de filósofos católicos que la de no católicos. El Congreso reviste un carácter de investigación universitaria y erudita, más que el de un contraste entre las grandes personalidades filosóficas del tiempo, que tal vez sería el ideal. España, en concreto, podía presentar una mayor riqueza de elementos, que se hallan ausentes, involuntaria o pretendidamente, del Congreso.

* * *

Encontramos, en la sección de *Teoría de la Filosofía* (título extraordinariamente expresivo de la actitud de revisión totalizante de todos los valores y del estadio de reflexión reduplicada propia de nuestra mentalidad), nombres ya conocidos de nosotros: Paul Häberlin (Basilea), Michele Federico Sciacca (Génova): *L'"horizontale" du reél et la "verticale" de la pensée*, J. Wahl, el fenomenólogo de París, especialista en Kierkegaard, y G. Kafka, ya fallecido, de Würzburg. De la Universidad de Zagreb (Yugoslavia) asiste P. Vuk-Paulovic, con una comunicación, *Philosophie und Herrschaft*, en que señala el sometimiento de la Filosofía al poder político por la hipertrofia de la función política como una de las más peligrosas degeneraciones de la cultura humana. Como condición estrictamente indispensable en el filósofo auténtico indica el valor moral.

* * *

En la sección de *Epistemología* figura Aloys Dempf (Munich): *Um eine Kritik des historischen Vernunft*, acerca de la Filosofía positiva de Schelling; Toccafondi (Roma): *La funzione dell'astratto nella conoscenza del concreto*; Ugo Spiritu (Roma): *Il soggetivismo e la crisi del pensiero moderno*; Antoine Terstenjak (Ljubljana, Yugoslavia): *Le rôle cognitif des émotions*.

De lengua española, Francisco Canals Vidal (Barcelona): *La intelección conceptual y la plenitud del entendimiento*, adopta la posición de la gnoseología tomista contra Bergson. Y R. Pardo (Buenos Aires): *El problema del mundo externo en cuatro epistemologías evolutivas de la razón*, que, siguiendo a Enriques, Reichenbach y Le Roy, acusa una tendencia evolucionista radical.

* * *

La sección *Metafísica*, decisiva para juzgar de la situación mental de una época, acusa dos tendencias fundamentales: la de problematizar acerca de la misma Filosofía: Gnoseología metafísica y posibilidad de la metafísica (11 comunicaciones), y la de un auge de los estudios sistemáticos con preferencia a los históricos (10 comunicaciones), lo cual supone un progreso esperanzador.

Se advierte alguna inclinación, discreta, al ensayismo: tres ensayos existencialistas y uno de V. Jankélévitch: *La Philosophie du "presque" et l'intuition du "presque rien"*. Y seis comunicaciones de tema histórico, una de las cuales corresponde al eminente R. Jolivet (Lyón), y otra, De Mendoça, S. J. (Bombay), introduce un tema de filosofía india: *The concept of reality according to Shaktivada*.

Entre los problemas sistemáticos predominan los que se refieren al sentido de lo real y de la realidad, a la analogía del ser, la individuación y la finalidad.

De lengua española, A. Aróstegui (Granada): *Ontología fundamental*, busca las relaciones entre Heidegger y la Escolástica clásica. Ramón Ceñal, S. J. (Madrid), uno de los autores que, según declaración del propio Heidegger, más se han acercado a la interpretación auténtica del sentido del ser en el filósofo alemán, presenta otra comunicación sobre *El problema de la Ontología fundamental*, planteado, según reconoce, por el mismo profesor de Friburgo y Berlín. Miguel Virasoro (Buenos Aires): *Existencia y mundo*, trata de las

relaciones entre la conciencia subjetiva y la esfera de lo objetivo, siguiendo también la pauta de Heidegger y de la Fenomenología. R. Paniker (Salamanca): *El concepto de ontonomía,* como opuesto a autonomía y heteronomía e integrando ambos aspectos, como problema último de la inteligencia humana. Miguel Gonzalo Casas (Tucumán): *Sobre el conocimiento racional de Dios.*

Figuran, entre otros, nombres tan conocidos en el ámbito de las investigaciones metafísicas como Juan B. Lotz, S. J. (Pullach b. München), Aimé Forest (Montpelier), André Marc, S. J. (París), Luigi Stefanini (Padua), S. Vanni-Rovighi (Milán), célebre por sus estudios sobre Kant.

* * *

Las comunicaciones sobre *Experiencia en Metafísica* ocupan volumen y sección aparte, y vienen a versar sobre las relaciones entre lo empírico y lo conceptual: Etienne Gilson (Toronto), A. De Conink (Malinas), N. Abbagnano (Turín), célebre existencialista Italiano, y Cornelio Fabro (Roma), tomista destacado, ilustran, entre otros, esta sección. De lengua española figuran Juan Roig Gironella, S. J. (Barcelona), que, después de pasar revista a los ingredientes del "escándalo" de la multiplicidad de las filosofías debido al desequilibrio entre experiencia y conceptualización, halla la fórmula armonizadora en la Analogía escolástica. Adolfo Muñoz Alonso (Murcia) y Angel Vasallo (Buenos Aires), que decide designar perfectamente a la experiencia metafísica con los nombres de abolengo aristotélico-platónico de "asombro" y "admiración". Se halla, sin embargo, poderosamente influído por el existencialismo.

* * *

Predomina en la sección de *Lógica, Análisis filosófico y Filosofía de la Matemática* el estudio de la Logística: P. Lorenzen, K. Härtig, E. W. Beth, Y. Bar Hillel, P. Linke, P. C. Gilmore, G. Günther.

La única comunicación en lengua castellana se debe a Miguel Sánchez Mazas (Madrid): *La Matemática como ciencia de estructuras reales (ciencia natural),* en forma de proposiciones escuetas, con numeración decimal marginal, producto de una densa y asidua meditación personal.

* * *

En la sección de *Filosofía y Metodología de las ciencias de la Naturaleza* se distinguen dos corrientes de problemas: relaciones entre Filosofía y ciencia positiva, en la que destaca la comunicación de B. van Hagens, del Pontificio Ateneo Salesiano, acerca del intercambio de conceptos entre Filosofía y Ciencia: *La valeur noétique des sciences de la nature,* las dos de profesores españoles, aunque en lengua francesa: *L'Explication dans les sciences de la nature,* de J. Zaragüeta (Madrid), y *Le sens de l'explication physique,* de C. París (Santiago de Compostela), y la del italiano Selvaggi, S. J.: *Le rôle de l'Ontologie.*

La otra corriente está representada por las comunicaciones que se orientan hacia problemas del microcosmos: Echarri, S. J. (Oña, España): *¿La experiencia microfísica?,* que ahonda en la cuestión de lo sensible inédito y lo ultra-

sensible material; A. Franck (París), A. Metz (Antony, Francia), P. Servien (París) y J. Pacotte (Bruselas), que tratan del tema de la Física quántica.

Otras tendencias menos frecuentadas son las que se ocupan de la Relatividad, de la Finalidad, así, J. Pemartín (Madrid): *Tiempo y Finalidad*, y de la Vida: G. De Kolosváry (Budapest).

No deja de ofrecer interés la comunicación de N. Dobroskaïa-Zavadskaïa (París): *The "Gnosism" a scientific philosophical conception giving account of the orderliness and freedom in nature*, ensayo acerca de la diferencia entre conocimiento científico y filosófico, en que este último, absoluto y profundo, "Gnosis", es la toma de conciencia del Absoluto, Dios. La mística temperamental eslava se muestra en toda su originalidad.

* * *

La sección de *Psicología filosófica* es la que tal vez nos haya defraudado más; las comunicaciones adoptan, en general, un tono ensayístico, y, a pesar del título de la sección, hay un enorme predominio de Psicología experimental, y preferentemente de Parapsicología y Psicoanálisis.

Julián Marías (Madrid), en su comunicación *La vida humana y su estructura empírica*, nos ofrece un compendio de su filosofía en medio de una gran claridad expositiva: la razón vital en su condicionamiento histórico del hombre. Entre la teoría analítica y el acaecer concreto se interpone un estrato intermedio: la estructura empírica de la vida humana, que es la forma concreta de nuestra circunstancialidad.

Takiyettin Mengüsaglu (Estambul): *Der Begriff des Menschen bei Kant und Scheler*; P. Siwek, S. J. (Nueva York), M. Thiel (Heidelberg), E. J. Furlong (Dublín), E. Minkowski (París) y otros varios.

De lengua española, además de Marías, figuran R. A. Piérola (Tucumán): *El dilema de la Psicología y el Existencialismo*; J. Muñoz, S. J. (Comillas, España) y V. García Hoz (Madrid).

El único trabajo de tema estrictamente escolástico es la comunicación de A. Coccio (Mondovi Breo, Italia): *Dimostrazione minima dell'immortalità*, en que se examina el argumento de Santo Tomás.

Hay una sección especial dedicada a la Psicología del lenguaje y otra al tema del conocimiento del "otro", propuesto por el Comité.

* * *

En una sección de tema tan fluxo como la *Filosofía de la Historia y de la Cultura*, destacan los nombres de F. J. v. Rintelen (Maguncia): *Positivismus un gefährdete Humanitas*, y el indio K. Satchidananda Marty: *Towards a new Philosophy*, y los americanos O. N. Derisi (Buenos Aires), Castro (Méjico) y Piñera (la Habana).

* * *

La sección de *Filosofía Social, Jurídica y Política* es la más frecuentada por los autores hispánicos, siguiendo la tradición de la especulación áurea española.

En efecto, J. M. Díez-Alegría, S. J. (Madrid), bajo el título de *El problema*

ontológico de las sociedades transtemporales, trata el tema apasionante, desde Hegel, de la verdadera onticidad analógica y no unívoca de las entidades morales como contradistinta de la entidad cosmológico-psicológica de sus miembros, corrigiendo e integrando las aportaciones de Th. Litt. B. Mantilla Pineda (Medellín, Colombia), afirma que la Fisolofía jurídica tiene por objeto "el Derecho en su pluralidad óntica, lógica y valorativa, participando de un lado de la comprensión universal de la Filosofía y por otro del imperativo de objetividad de la ciencia del Derecho". José Todolí, O. P. (Madrid): *Filosofía del Derecho de Gentes*, se inclina por dar este nombre al Derecho Natural de nación a nación. Enrique Aftalión (Buenos Aires), de la escuela egológica de Cóssio, vuelve a tratar su tema predilecto de la comprensión fenomenológico-existencial en la aplicación del Derecho. Honorio Delgado (Lima) filosofa sobre la autoridad sin aludir a sus últimas raíces trascendentes. Enrique de Almeida (Quito) pone de relieve la necesidad de esclarecer el concepto de autoridad en la hora presente. Belisario D. Tello (San Luis, Argentina) muestra su orientación católica en su comunicación *El bien común y la Autoridad*. Francisco Briosso Figueroa (Buenos Aires) declara a la Filosofía Política incapaz de universalizar acerca de las reformas justas de gobierno, llevado de su desconfianza hacia los universales.

H. E. Hengstenberg (Oberhausen): *Hat die Gemeinschaft ein Sein, das von dem der Glieder zu unterscheiden ist?*, concluye afirmativamente que este ser de la comunidad es algo cualificado y distinto de la mera suma de la entidad de sus miembros.

A. F. Van Leuwen (Nimega): *Justice Sociale*, propugna que la Justicia social responde a las exigencias del bien común no como parte de la justicia legal, sino como justicia distributiva, pues siempre se trata en ella de la justa repartición entre los miembros de la sociedad de los derechos y los deberes. Por otra parte, se decide resueltamente por la negativa a la cuestión de si hay que limitar el campo de la justicia social a la esfera de lo económico. Estando de acuerdo con el autor respecto a este segundo punto, tendríamos algunos reparos que hacer a su posición acerca del primer punto tratado.

* * *

En la sección de *Etica* continúan los hispanoamericanos frecuentando las comunicaciones: J. I. Alcorta Echevarría (Barcelona): *Bien ontológico y bien moral*, en que despliega su frondoso pensamiento y ahonda en las raíces de la axiología moral. C. J. Arroyave (Medellín, Colombia): *Necesidad de una Etica humana*, en que afirma en todo su relieve humano la dimensión libérrima del hombre. Mercedes G. Tuduri de Coya (La Habana): *Relativismo y obligación en el acto moral*, matiza, distingue magistralmente, para acabar afirmando los valores morales absolutos. Fermín de Urmeneta (Barcelona): *Essai de systématisation de l'Espistemologie morale*.

Nathan Rotenstreich (Jerusalén): *The ambiguity of the ethical situation*, que para este autor es fundamentalmente colisión, mitigada por el ritmo doble de la existencia humana que se despliega entre hechos y valores y que eleva el puro *factum* de la existencia al nivel del valor con todas sus consecuencias.

El profundo especialista en San Agustín, P. Charles Boyer, S. J. (Roma), trata en su comunicación *La Vérité, force unitive*, el espinoso problema de la tolerancia y de la conveniencia pluriconfesional. Enrico Castelli (Roma): *La*

Phénomenologie du Mal, complejo y profundo ensayo en que se parte del dato de la tragicidad de diversos personajes de Sartre y del teatro clásico español. La existencia humana es la apuesta entre el Bien y el Mal. No hay razón suficiente para hacer el Bien si el Mal es absoluto. El Bien puede arriesgarse en un lance, y lo jugado, jugado está: "determina" una "existencia". La fenomenología del Mal nos enseña que esta apuesta es un riesgo, pero el riesgo no es siempre una apuesta; este riesgo amenazador que aquí se origina es el aspecto inevitable de la existencia caída.

* * *

La *Filosofía de los Valores* constituye sección aparte, y también en ella, reducida, por cierto, aparecen dos profesores argentinos: B. Aybar (Tucumán): *El dinamismo ontológico, raíz de los valores,* y B. H. Granda Ruiz (Buenos Aires): *Aspecto social de los valores.*

* * *

M. R. Quiroga (Córdoba, Argentina), en la sección *Estética,* hace una interesante contraposición de "Contemplación" y "Einfühlung", como rasgos diferenciales de la estética antigua y moderna, y expone con penetración y claridad la estética laica de Lipps. Luis Farré (Tucumán): *Lo bello, atributo trascendental de la estética,* hace un estudio sereno, amplio y sólido, aunque transido de emotividad, de las últimas raíces trascendentales de lo bello. Rosaura G. Tuduri (la Habana): *Cualidades específicas y autonomía de la obra de arte.*

Jamil Almansur Haddad (São Paulo) presenta un estudio interesante: *L'homme baroque brasilien,* en que examina las causas del barroquismo brasileño del XVII, y tal vez con criterio algo simplista y bajo un influjo excesivo de Weissbach, las encuentra casi exclusivamente en la pedagogía jesuítica.

* * *

La sección de *Filosofía de la Religión* ofrece comunicaciones de cierta profundidad y sugestividad, aunque predomina una actitud vagamente deísta; pero, no obstante, hay trabajos enfocados desde un punto de vista religioso-positivo, no ciertamente escasos. Dos son históricos, sobre Pascal y Cusa. Y hay otro grupo que trata de temas anejos de psicología ontológica, como el de Bergenthal (Burghausen, Baviera): *Das Sein und das Mysterium.* De lengua española únicamente Eladio Leirós-Fernández (Santiago de Compostela): *El contenido de la Filosofía de la Religión,* que, según él: 1) se refiere a la Religión en abstracto, sobrenatural y preferentemente objetiva, y 2) tienen por tema central la posibilidad de la revelación.

* * *

Finalmente, la sección de *Historia de la Filosofía,* en el conjunto de comunicaciones que tratan de la antigüedad, desarrolla un temario análogo al de los demás Congresos de este tipo. Es original la comunicación de Wormann (Los Angeles): *La terminologie sculpturale dans la Philosophie présocratique.*

Sobre Heráclito se presentan dos comunicaciones; sobre Platón, cuatro; sobre Aristóteles, ocho; sobre Plotino, dos; San Agustín, dos, y el Seudodionisio, una ponencia.

El profesor Kiyoshi Yoshioka (Nagasaki) muestra un conocimiento profundo de la cultura griega en su comunicación *An interpretation of Anaximander*, donde realiza una síntesis densa y omnicomprensiva de las relaciones entre las diversas corrientes del pensamiento filosófico griego.

En las comunicaciones de D. A. Rees (Bangor, North Walles), Vollenhoven (Amsterdam) y Diego Pro (Tucumán) sobre la evolución doctrinal de Aristóteles, tema cada año más frecuentado por la investigación histórica, nos ha sorprendido desagradablemente no encontrar referencias a las últimas investigaciones de Zürcher, verdaderamente revolucionarias dentro del aristotelismo, publicadas en 1952 bajo el título *Aristoteles Geist und Werk*, y según las cuales parece haber de concederse a Teofrasto un margen mucho más amplio en la redacción definitiva de los textos aristotélicos.

J. D. García Bacca (Caracas) también presenta una investigación aristotélica: *Sobre el concepto de ser y de ente en Aristóteles*, que es relacionado con la escolástica posterior. Juan R. Sepich (La Plata): *La noción de verdad en el Libro IX, capítulo X de la Metafísica.*

Es extraordinariamente interesante la comunicación del profesor E. von Ivanka (Graz) sobre el concepto de participación, emanación y jerarquía en el Pseudodionisio y en Proclo, de tan enorme trascendencia en toda la especulación medieval y posterior.

En las comunicaciones de Edad Media predominan los estudios sobre Roberto de Lincoln (Grosseteste), por los profesores Callus (Oxford), Michaud-Quantin (París) y Crombie (Londres). El P. Garrigou-Lagrange, O. P. (Roma) hace una síntesis expositiva de los principios del tomismo estricto.

Esta sección de Historia parece reunir el mayor número de comunicaciones de carácter estrictamente científico y de positiva y seria investigación. Los estudios de Filosofía medieval, sin embargo, son demasiado escasos y denotan cierta incompetencia ambiente para abordar cuestiones intrincadas, profundas y que exigen tal vez demasiado conocimiento de las lenguas antiguas: latín, griego y árabe, en que se hallan sus fuentes. Esta escasez denota, por otra parte, la abstención de concurrir al Congreso de los grandes especialistas alemanes y franceses en estudios de Filosofía medieval.

Hay un predominio en las comunicaciones de Filosofía moderna de estudios sobre pensadores más que sobre sistemas hondamente decisivos en la historia del pensamiento; Berkeley, en su centenario, cuenta con la mayoría—seis—, le sigue Hegel con cuatro; Descartes, Malebranche, Kant, N. Hartmann y la Fenomenología con dos, y, finalmente, con uno: Spinoza, Leibniz, Hume, Swedenborg, Rosmini, Bergson, Amor Ruibal, Blondel, Dewey, Decoster, Lavelle, Paliard, Heidegger, Dostoyevski, Sartre, Grönbech y Nishida.

I. Quiles, S. J. (San Miguel, Argentina) estudia un tema de carácter monográfico y realmente nuevo, con escrupulosidad auténticamente científica: *La Filosofía escolástica en América latina durante la Colonia.* Dionisio Lara Mínguez (la Habana): *La idea del hombre en Swedenborg*, redescubre a este filósofo miscelaneo, paralelo de nuestro Feijoo, con una concepción platonizante espiritualista del hombre: "ipsa vita hominis est eius amor". P. V. Aja (la Habana) estudia a Kant y Hartmann en la libertad moral. Eladio Martínez Ruiz (Bilbao): *Amor Ruibal, precursor*, y Rafael Virasoro (Santa Fe, Argen-

tina), vuelve al tema existencialista: *Presencia de la muerte en la Filosofía de nuestro tiempo.*

El señor Mindán Mañero (Madrid) acomete un tema muy propio para concurrir a un congreso internacional: *Existencia y carácter de la Filosofía en España,* se trata de reivindicar y más bien de hacer algo de luz en la atmósfera turbia que envuelve en los ambientes nórdicos todo actuar español. La afirmación, sin embargo, que encabeza la comunicación, de ser escasa la producción, exiguo el valor y el influjo nulo en los dos últimos siglos, nos suscita serias reservas. Evidentemente, en la esfera del ensayo existencial y de las actitudes independientes, Unamuno, Ortega y D'Ors son las tres grandes figuras que internacionalmente podemos presentar, pero si queremos salir por fin de la órbita en que se mueve el grupo de colaboradores de Überweg en *Grundriss der Geschichte der Philosophie* y la *Revista de Occidente*, hemos de ampliar nuestro módulo filosófico y considerar como aportaciones positivas y trascendentales de la Filosofía española el influjo de un Balmes en los comienzos de la Neoescolástica en Italia (Tongiorgi, Palmieri, Sordi, Taparelli), el monumento pedagógico y consultivo que supone la obra y el magisterio de Urráburu en la Gregoriana, donde se recoge lo mejor de la tradición universal católica, y los investigadores actuales eclesiásticos y seglares que modestamente han hecho de España y de su influjo un reducto de hondura, solidez y amplitud histórica de pensamiento filosófico. El influjo de estos autores, el influjo de España misma, es ciertamente más callado, más recatado que el de los grandes ensayistas europeos, pero no menos eficaz ni de menor trascendencia.

* * *

En conjunto, el Congreso de Bruselas detecta una gran inquietud filosófica mundial, y en especial del mundo hispanoamericano, pero también falta de vertebración sistemática ante los problemas. Han disminuído los temas históricos, pero aún no se ha alcanzado el vigor especulativo necesario para ofrecer grandes síntesis doctrinales, maduradas en la originalidad fecundada de tradición de la propia actitud ante los problemas.

Bien es verdad que si exceptuamos al existencialista italiano N. Abbagnano, los creadores de Filosofía se hallan ausentes del Congreso.

Argentina delata un predominio, tal vez vicioso, de inspiración heideggeriana, asociada a cierto positivismo jurídico suscitado por la escuela egológica de Cóssio. Y, en general, la sección de Metafísica arroja un influjo todavía extraordinariamente acusado del padre del existencialismo actual en los pensadores hispanos. Los focos de influencia doctrinal en nacionales y extranjeros no han variado sensiblemente con respecto a concentraciones similares de tiempo atrás. El panorama se presenta, pues, con escasa novedad histórica.

LUIS CENCILLO, S. J.

CRITICA LITERARIA Y HUMORISMO EN LOS U. S. A.

(Dos ejemplos)

COMO SE CRITICA UN POEMA, por Theodore Spencer (De *New Republic*, 6 diciembre 1953).

Me propongo examinar el siguiente poema:

Treinta días trae septiembre,
Con abril, junio y noviembre.
Todos los demás treinta y uno,
Excepto febrero solo,
Que tiene solamente veintiocho,
Hasta que el bisiesto le da uno más (1).

Thirty days hath September,
April, June and November.
All the rest have thirty-one,
Excepting February alone,
Which has only eight and a score
Till leap-year gives it one day more.

Los anteriores críticos que han estudiado este poema, Coleridge entre ellos, no han logrado explicar lo que podríamos describir como su *dinámica* fundamental. Esto es lo que me propongo. Lo primero a observar es el orden en que los nombres (o construcciones verbales) de los meses se presentan. Con arreglo a su significado en la prosa—lo que llamaré en adelante la *instancia* prosaica—, "septiembre" no debería preceder, debería seguir a "abril", como demuestra una ojeada al calendario. Efectivamente, "septiembre" debe seguir no sólo a "abril", sino también a "junio" si la instancia prosaica ha de satisfacerse suficientemente. El orden prosaico de los dos primeros versos debería ser, por consiguiente: "Treinta días tienen abril, junio, septiembre y noviembre." Esta es la única secuencia que se armoniza con la lógica de la prosa.

¿Por qué entonces, nos preguntamos, el poeta ha violado lo que el lector instruído sabe que es la realidad? ¿Ignoraba el calendario, creyendo que septiembre precedía a abril en la marcha de las estaciones? Es difícil imaginar que tal fuera el caso. Debemos encontrar otra explicación. Aquí es donde viene en nuestra ayuda el principio del análisis dinámico.

El análisis dinámico demuestra que la poesía de más éxito logra su efecto produciendo una *expectación* en la mente del lector antes que su sensibilidad esté plenamente preparada para recibir el impacto del poema. El lector da una *proto-respuesta* hacia la que tienden subconscientemente sus órganos de apercepción plenamente equilibrados. Es esta proto-respuesta la que el

(1) (N. del T.) Por la universalidad del *folk-lore*, también España tiene una versión de este maravilloso poema, que para su más honda comprensión adjuntamos aquí:

Treinta días trae septiembre,
con abril, junio y noviembre.
Veintiocho no más uno
y los demás treinta y uno.

poeta ha manejado aquí tan inteligentemente. El lector ordinario, entrenado sólo en las *instancias prosaicas*, guarda el orden usual de los meses. Pero la sensibilidad del poeta sabe que la verdad poética es más inmediatamente efectiva que la verdad literal de la cronología. No *afirma* la secuencia inevitable; nos *prepara* a ella. En su profundo análisis de las dos variedades del tiempo mensual, pone primero el mes *más amable*. (Nótese cómo el áspero sonido "pt" de septiembre se suaviza con el sonido "e" a ambos lados.) Es el mes en que la vegetación empieza a marchitarse, pero todavía no nos infunde un sentimiento de fatalidad trágica.

Desde aquí el poeta nos prepara, dinámicamente, para lo que ha de seguir. Empezando su lista de los meses *in medias res*, puede volver después al comienzo de las series de contrastes que constituyen el objeto de su poema. Inmediatamente aparece clara una analogía con el "Edipo Rey", de Eurípides, y la "Ilíada", de Dante. La crítica reciente ha pasado por alto con excesiva frecuencia que esas obras también ilustran el método dinámico empezando en medio de las cosas. Es un hecho sorprendente, hasta ahora (según creo) inadvertido, que un poema latino llamado la *Eneida* hace también esto. Esperamos que el autor de este poema empiece con la partida de su héroe desde Troya, igual que esperamos que el autor de nuestro poema empiece con "abril". Pero en ninguno de los dos casos se cumple nuestra expectativa. Catón, el autor de la *Eneida*, crea una suspensión dinámica empezando con Eneas en Cartago; nuestro poeta anónimo trata de modo semejante la sensibilidad de sus lectores, empezando con "septiembre" y *volviendo* luego a "abril" y "junio".

Pero la sensibilidad del poeta no se detiene en este punto. Habiendo descrito lo que es cierto de *cuatro* meses, dispone otros *cuatro* con economía magistral. En una serie de punzantes formas lingüísticas, su sensibilidad suma sus inexorables limitaciones: "*Todos*" (nótese la capitalización), "los demás treinta y uno". La sensibilidad del poeta comunica un sentimiento a la sensibilidad del lector, de tal modo, que la sensibilidad de ambos, con referencia a sus previas pero independientes sensibilidades, se funde en esa comunión momentánea de sensibilidad, que es la sensibilidad final que la poesía puede dar tanto a la sensibilidad del poeta como a la sensibilidad del lector. La textura y estructura del poema han erupcionado en una reacción de primera magnitud. Se logra así la ambigüedad del equilibrio.

Contra estos dos grupos de medidas espaciales, temporales y numéricas —uno de cuatro, el otro de siete meses—, el trágico individuo, la solitaria excepción. "Febrero" está colocado dramáticamente. "Febrero" está *solo*, cortado de toda comunión con sus compañeros. En el momento en que se menciona "febrero", suena la nota trágica. Pues el sonido inicial de la palabra "excepto" es "x", y al tocar este sonido la sensibilidad del oído del lector, un sinnúmero de asociaciones se acumulan subconscientemente. Pensamos en el lugar, el solitario lugar del crimen, tan frecuentemente marcado con la "x"; nos acordamos de los exámenes de nuestra infancia, en que las respuestas equivocadas eran implacablemente señaladas con "x"; pensamos en los ex reyes y en el exilio, en las encrucijadas solitarias, en la inexorable anonimidad de los que no saben escribir su nombre...

Y, sin embargo, el poeta nos da un rayo de esperanza, aunque tal vez se demuestre ilusorio. El solitario "febrero" (adviértase cómo el "solo" del verso cuarto encuentra eco en el "solamente" del verso quinto), el individuo solitario

e inadaptado, que evidentemente es el héroe y la figura crucial del poema, no está condenado a la rutina a que han de obedecer sus compañeros, en sus diversos modos. Como Hamlet, él tiene capacidad de cambiar. Es un símbolo de individualismo, y el ritmo de los versos a él dedicados señala una alegría, aunque desesperada, que inmediatamente capta nuestra simpatía y reverbera profundamente en nuestra sensibilidad.

Pero (y ésta es la ilusión a que me refería anteriormente), a pesar de toda su variedad, su capacidad de cambio, "febrero" no puede realizar (y en esto consiste su tragedia) el valor *cuantitativo* de la sociedad en que le han puesto las circunstancias. Por más frecuentemente que alterne de veintiocho a veintinueve (el poeta, con su sensibilidad exquisita, no *menciona*, de hecho, esas humillantes cifras), nunca puede alcanzar la burguesa seguridad, aunque anónima, de "treinta y uno", ni igualar la más modesta y aristocrática tranquilidad de "treinta". Década tras década, siglo tras siglo, milenio tras milenio, fracasa eternamente. Unico símbolo del cambio en una inmutable sociedad, continuamente es derribado. Una vez cada cuatro años intenta alzarse, lograr el nivel, alto, aunque desilusionante, de sus sueños. Pero fracasa. Siempre le falta un día, y los tres años hasta la llegada de su próximo esfuerzo son un triste intervalo, en que el recuerdo de su desengaño anterior se funde en la futilidad de la esperanza, sólo para volver a hundirse, frustrado, en la desesperación. Como Tántalo, está tendido para siempre sobre una rueda.

Hasta aquí me he ocupado principalmente del *análisis dinámico* del poema. Un estudio más continuado revelaría la *síntesis* que se puede hacer sobre la base del análisis que mi tesis ha intentado lograr. Esto, quizá, el lector de adecuada sensibilidad lo puede realizar por sí mismo.

THEODORE SPENCER.

(Traducción de J. M. V.)

THE COCKTAIL PARTY. De T. S. Eliot, por SEYMOUR LAWRENCE (Ed. Harcourt, Brace, $ 3,00).

Es otra vez el diácono, y por qué no se limita a los ensayos, disertaciones y salmos, no lo sabremos nunca.

La reunión del "cocktail", otro "símbolo" moderno. Llámese Tierra Baldía o llámese Prufrock. Pero aquí alcanzamos conclusiones:

"Lo mejor de un mal oficio es lo que cualquiera de nosotros hace de él..., excepto, desde luego, los santos..."

El Verbo como dado. Hacen falta tres actos para llevarnos a esto.

Charlería de "haut-monde", la ha hecho hasta morir. Gente (de una cierta especie) hablando en un vacío, no uno *a* otro, o *para*, o *con*. Figuras de escayola, cada una de ellas, un mensajero que lleva un aspecto del Verbo. Abundan las abstracciones, secas como polvo. La cuestión es que esto no es una obra teatral. No hay acción dramática, y volviendo a algo esencial, no hay *catharsis*. Se dicen palabras en el tono cuchicheado de los museos. Nos dicen que ocurren cosas; nunca nos convencemos de que ocurran. Después de leerlo, este recensionador lo vió en escena. Lo que se llama una ejecución perfecta.

La prosa nunca vacila, nunca se eleva, sino que fluye imperturbada y sin desaliño, a veces amablemente aliviada por el ingenio:

JULIA: Eduardo, deme otra de esas deliciosas aceitunas.
¿Esto qué es? ¿Patatas fritas? No, no puedo soportarlas.
Bueno, había empezado a contarle lo de Lady Klootz.
Fué en la boda de los Vincewell. ¡Oh, hace tantos años:
(Al Invitado no identificado.)
¿Conocía usted a los Vincewell?
INVITADO: No, no conozco a los Vincewell.
JULIA: Oh, los dos ya han muerto. Pero quería saberlo.
Si hubieran sido amigos suyos no podía contar la historia.
PEDRO: ¿Eran los padres de Tony Vincewell?
JULIA: Sí. Tony fué el producto, pero no la solución.
Solamente hizo más difícil la situación.
¿Conoce a Tony Vincewell? ¿Le conoció en Oxford?
PEDRO: No, nunca le conocí en Oxford.
Me encontré con él el año pasado en California.
JULIA: Siempre he tenido ganas de ir a California.
Cuéntenos qué estaba haciendo en California.

Es el Eliot de *Bajo el bam/ Bajo el bú/ Bajo el bambú; A Cooking Egg.* Un excelente escritor de verso ligero. Debía haber seguido moviéndose en ese nivel.

Pero no un drama donde hay gente que se hace viva, ama y se entrechoca. Las situaciones se dicen, pero no se muestran: Celia *se dice* que es la amada de Eduardo; Pedro *se dice* que el amante de Lavinia. Oímos hablar de ello, pero no hay contacto que establezca relaciones, verbales en todo caso (y Dios nos salve de las físicas). Son desconocidos, y lo que tenemos son sus conversaciones. Se pronuncian palabras, pero las sustancias que representan no son creíbles. Lo que está ausente, lo que siempre ha estado ausente en Eliot desde su mismo comienzo (exceptuando la parte IV de *The Waste Land)* es un sentido de la fuerza y el alcance del corazón. No hay una presencia viva que nos conmueva. No hay ninguno bastante vivo; las personas son como sombras, y al borde del desastre. Hombres vacíos rellenos con frases oratorias, moralistas y retumbantes:

Ese es el peor momento, cuando se nota que se ha perdido
el deseo de todo lo que era más deseable,
y antes de contentarse con lo que se desea,
antes de saber lo que queda para ser deseado;
y se sigue queriendo poder desear
lo que el deseo ha dejado. Pero no puedes entender.
¿Cómo puedes entender lo que es sentirse viejo?

No más solitario que el otro. Pero los que toman el otro
pueden olvidar su soledad. Tú no olvidarás la tuya.
Todo camino significa soledad... y comunión.
Ambos caminos evitan la desolación final
de la soledad en el mundo fantasmal
de la imaginación, apartando memorias y deseos.

Si todos fuéramos juzgados según las consecuencias
de todas nuestras palabras y acciones, más allá de la intención
y más allá de nuestro limitado entendimiento
de nosotros mismos y de los demás, todos seríamos condenados.

Los *Cuartetos* continuados. Eliot discursivo, pero no dramático. Considerar

las ideas; cómo cada persona encuentra su propia salvación marital: martirio religioso: éxito social. Empezamos con tres problemas (en forma de cuatro personas) y terminamos con tres soluciones (en forma de tres personas, habiendo muerto una de ellas para resolver su problema). No hay cambio ni revelación de carácter en el proceso. Las ideas son las móviles; las personas están quietas, dejando que les pasen las ideas. Los guardianes (que parece que todos tenemos, y de los cuales Eliot parece ser uno) desempeñan papeles mortalmente serios, pero para ser tragables, son cómicos de personalidad (*Bajo el bam/ Bajo el bú*). No sabemos lo que hacen, pero hacen. Son conscientemente cómicos para empujarnos. Uno puede catalogar: movilidad espiritual, el que no ama y el que no puede ser amado, ambición mundana, etc. Ahí están todos, dichos a nosotros. Un ensayo hubiera servido lo mismo. O un sermón desde el púlpito.

Tonos corteses: y este recensionador se asustó cuando, varias veces durante la representación, las voces de los actores subieron con ira. Llegaba como una sorpresa, y una sorpresa que no encajaba. No había razón para que alzaran la voz. No había nada de qué enfadarse para ellos. La ira es un sentimiento humano.

SEYMOUR LAWRENCE

(Wake, 9, 1950. New York.)
(Traducción de J. M. V.)

A S T E R I S C O S

LA MISMA PIEDRA

* * * Entre los tópicos más en boga entre los españoles está el de que jamás nos enteramos de los valores nacionales hasta que nos los descubren en el extranjero. Entre las contumacias más cazurras que padecemos anotamos la de ser sordos de conveniencia a las voces que se den anunciándonos algo positivamente serio de oriundez española.

Puede que predicar entre nosotros no sólo sea predicar en desierto, sino, además, contra viento, sople éste del Norte o del Sur, de la diestra o la siniestra. Lo terrible es que sea lo que sea, nadie se entera o se enteran unos pocos y se encogen de hombros. En fin, ¿se puede hacer algo?

Pedro Henríquez Ureña, en el primer número de la revista *Indice*, mayo de 1921, en un artículo titulado *En la orilla*, se preguntaba: "¿Por qué España —que con tanto empeño aspira a tener filósofos—no se entera de quién es Santayana?" A treinta años de distancia, no hay respuesta. A treinta y dos, hay unas notas necrológicas y pompas fúnebres en la Prensa reclamando a Santayana como si los Estados Unidos nos lo hubiesen secuestrado y de pronto nos percatásemos del secuestro. Inmediatamente se organiza una brigada mixta de intelectualismo y detectivismo para localizar los primeros pasos del señor Santayana, averiguar una serie de pequeños detalles de índole puramente familiar y diagnosticar que fué visto por última vez en tal fecha, y que nada se ha sabido de él desde tal otra.

Poco se puede añadir a este modo de ser o a esta manera de entender las cosas. Santayana si no es un perfecto desconocido para nosotros se debe a la generosidad, talento o perspicacia de las editoriales sudamericanas. Y amargo es decirlo también, si no es que sigue teniendo vigencia todavía la protesta de Henríquez Ureña en 1953 se debe a que se ha muerto Santayana.

Al parecer, la piedra o las piedras—¿y para qué añadir ejemplos?—con las que tropezamos son siempre las mismas. Los elementos que integran estos desdichados y fabulescos pedruscos vienen a ser: el conocido tópico, que sirve a la generalidad; la bizarra postura, que salvaguarda a una determinada facción; la contumacia cazurra, que disculpa a los más espabilados. Solamente se salvan los que dan voces, que son muy pocos y que, desde luego, no son escuchados.

I. A.

CON EL TIEMPO LLEGA EL ACUERDO

* * * El señor González ha sido entrevistado últimamente en *El Español.* La entrevista, de las llamadas "en rueda", ha sido hecha por tres periodistas jóvenes, y es bastante completa y clara. El señor González Ruiz habla de su vida periodística, del teatro, de lo poco que gana—unas diez mil pesetas al mes—, de Ortega, y hasta llega a llamarse a sí mismo, suponemos que en un rapto de humor, "bon vivant". Las respuestas son, desde luego, clarísimas, y, a través de ellas, la figura de Nicolás González Ruiz parece simpática. No obstante, uno—posiblemente debía de tener una idea equívoca al respecto—no acaba de entender eso de *Soy partidario de los teatros de cámara, porque soy partidario de la libertad y de suprimir la censura.* Y ello porque en otras épocas —el año 1950 para ser exactos—el señor González Ruiz emprendió una campaña pidiendo la supresión de la crítica para los teatros de cámara, y ahora no parece ser suficiente decir que la petición era motivada únicamente por tratarse de funciones privadas. (No sé, no sé.)

En aquel tiempo—no es preciso servirse de la memoria—uno dirigía el teatro de ensayo "La Carátula", y se vió sorprendido con que, a raíz de una "advertencia" del señor González Ruiz en *Ecclesia,* tanto las críticas como la propaganda de nuestro humilde y sufrido teatro nos eran tachadas por el organismo de censura. Naturalmente, sin crítica que encauzara y valorase nuestras actuaciones y sin posibilidad de propaganda que atrajese al público necesario, nuestra labor teatral no podía seguir. Y terminó. Al menos durante el tiempo en que se mantuvo este régimen restrictivo. No es de extrañar, pues, que, después de leer las declaraciones del señor González Ruiz tocantes a la libertad, uno no pueda evitar una leve sonrisa de escepticismo. Porque de no ser así uno estaría hecho un mar de confusiones.

El señor González Ruiz—para dejar aclaradas las cosas—, en marzo de 1950, después del estreno de *Ardele o la margarita,* de Jean Anouilh, pieza por él calificada de hedionda, decía lo siguiente: *No discutamos ahora el que, por tratarse de una representación privada, la censura lo autorice. Pero si ésa es la razón de autorizarla, ¿por qué se publican críticas en los periódicos diarios?* Se comprende fácilmente, leído lo anterior, que la petición de González Ruiz significaba una mutilización más a lo ya mutilado.

Si ahora, transcurrido el tiempo, cuando la labor de los teatros de cámara y ensayo ha sido la más importante del teatro español en estos últimos años, el señor González Ruiz quiere hablar de libertad y de la supresión de la censura, no nos va a parecer mal a nosotros. Pero antes era preciso poner las cosas en claro.

J. Q.

EL AMERICANO EN PARIS

* * * Ha aparecido, simultáneamente, en Londres, París, Frankfurt y Florencia una revista patrocinada y costeada por la Ford Foundation de Nueva York, y *en cumplimiento de una de las finalidades de la fundación: ampliar la amistad y el entendimiento entre los pueblos de todos los países mediante*

el intercambio cultural. Perspectives (tal es el nombre de la edición en inglés) se presenta revestida de todos los primores que el buen gusto tipográfico, unido a la holgura financiera, puede obtener para una publicación. La revista es redactada en los Estados Unidos, y cuenta con un nutrido y, al parecer, competentísimo comité orientador. Cada número es dirigido por un *guest editor*, por un director transeúnte, que procura lograr una cierta afinidad en el estilo y los temas contemplados.

¿Propaganda? Es posible. Pero en este caso se trata de una estupenda propaganda, porque el contenido de cada entrega es de una calidad sorprendente. *Perspectives* se ocupa de literatura, arte y música, y lo hace con palpable dignidad. Los artículos de crítica literaria, en especial, son modelos de finura y sensatez, y en ellos tendrían mucho que aprender los críticos de habla española, tan inconcretos y desabrochados en su gran mayoría. Que sea, si se quiere, propaganda; mas hay que reconocer el hecho bastante insólito de que se trata de propaganda dirigida a una minoría de lectores—intelectuales, estudiantes, etc.—, la menos propicia a dejarse envolver en mentiras propagandísticas y también la mejor inclinada a reconocer los verdaderos valores en cualquier campo de la cultura. Es lícito, y hasta conveniente, controvertir los fundamentos políticos o económicos de los Estados Unidos; pero ampliar esta controversia a la negación sistemática de realidades tan sólidas como la literatura estadounidense es una actitud de indisimulada mala fe. Puede suponerse que tras todo esto hay algún perversísimo *arrière-pensée* de los directores de la Ford Foundation; entre tanto se descubre, hay que decir que *Perspectives* ofrece una magnífica visión, talentosa y seria, de la vida intelectual de Norteamérica.

Lo que resulta incomprensible para el profano es cómo una publicación como ésta, en la que difícilmente se sospechan apuros económicos, emplea el fácil sistema de reproducir artículos ya publicados en otros sitios (en el número 3, por ejemplo, de dieciocho colaboraciones, sólo diez son originales). Es posible que gracias a ese expediente puedan ser logradas entregas con cierta calidad antológica; pero una revista obtiene su personalidad a base de colaboraciones originales y exclusivas. Salvo, claro está, que *Perspectives* intente realizar en el campo de la literatura lo que *Selecciones* del *Reader's Digest* hace en su ancho feudo de todo lo divino y lo humano. Pero esta hipótesis es inverosímil; ¿quién puede soñar siquiera en competir con *Selecciones*?

Hay también la melancólica evidencia de que a la Ford Foundation no le interesa, al menos por ahora, publicar su revista en español. Ni en Barcelona ni en Méjico ni en Buenos Aires se anuncia la edición castellana de *Perspectives*. Y es posible que en ninguna otra parte del mundo hagan tanta falta a los Estados Unidos más *amistad* y más *comprensión*. Hay en todos los pueblos y en muchos de los Gobiernos tantos justos motivos de resentimiento y de desconfianza hacia todo lo norteamericano, que cualquier esfuerzo por el logro de los filántropos propósitos de la fundación ha de dar frutos favorables. Son muy mal conocidas en Hispanoamérica las realizaciones de la intelectualidad yanqui, y la revista—¿cómo evitar el tópico?—vendría a llenar un gran vacío. Su publicación evitaría, además, que mentes maliciosas piensen que a sus directores no les interesa divulgar la cultura norteamericana sino en los países signatarios del Pacto del Atlántico Norte.

H. V. G.

* * * No queremos caer en afirmación tan absoluta y cuestionable como es la de que en España no se sabe novelar. Si queremos precisar que los métodos de los escritores españoles para tratar la novela no son de mucha altura. Si atendemos a la pura cuestión formalista, no hay problemas para el novelista español. El lenguaje, el estilo son cualidades y calidades connaturales. Si nos fijamos en la arquitectura o construcción de la creación, aunque las más de las veces falla, siempre en alguno se salva por incorporación o mimetismo de ensamblajes con "made in U. S. A.", en Francia o en cualquier otro país. Esto es importante, pero no definitivo. Si nos referimos al modo de tratar los personajes y a la ideología de los mismos—caballo de batalla de nuestra novelística contemporánea—tendremos que los procedimientos, las maneras, son infantiles, torpes o superficiales. ¿Por qué?

La razón, a nuestro modo de ver, está en que el escritor español, frente a la novela, se desenvuelve en un clima de intuiciones y de sensaciones; nunca —o muy difícilmente alguna vez—en un medio ideológico fuerte, sincero e importante. Pasan más la anécdota, el gracejo verbal, la construcción, que la ideología. Las novelas españolas se alejan o acercan al sainete y al cuadro de costumbres en razón directa de su acercamiento o lejanía de lo exclusivamente ideológico. ¿Motiva esto nuestra meridional manera de ver las cosas? ¿Es consecuencia de una falta de preparación organizada en el caminar del pensamiento? La solución abriría el estrecho ventanuco de nuestro aislacionismo novelístico y crearía la habitación en la que voluntariamente nos hemos recluído. Nos parece que el novelista español trata el problema, su problema creacional, no con las herramientas de su "oficio", sino con las de un "oficio" anejo, pero no igual. Queremos decir que, frente a la novela, reacciona como un poeta, tratándola poéticamente, con los medios de la poesía. La novela se resiente de esto, y se transforma normalmente en una trivialidad híbrida a medio camino de la oda y a otro medio del folletín, cuando peor, y en un acercamiento, pero no en un contacto con la novela de VERDAD, cuando mejor.

Que el escritor español trata a sus personajes con más o menos acierto no quiere decir que los trate como debe hacerlo. La mentalidad de los personajes de novela de nuestra actual literatura es tan anodina como uniforme. Cierto que es difícil buscar una coyuntura ideológica para los personajes que sea importante y trascendente, porque esto viene determinado por el ambiente en que se desarrolla el novelista. Y el novelista no se desarrolla en nuestro país más que en un tradicional ambiente de preocupaciones—en cuanto a lo intelectual—mediocres.

El arte de novelar, la ciencia de novelar, el clima para novelar, los procedimientos para novelar están en España todavía en embrión. No nos invada la desesperanza. El embrión puede desarrollarse y dar lugar a un ser completo y hasta perfecto.

Todo lo dicho viene a cuento del tan cacareado renacimiento de nuestra novela contemporánea, con perdón.

I. A.

TAMBIEN NOSOTROS SABEMOS HACERLO

* * * Continúa hablándose de *Murió hace quince años* y de su afortunado autor, José María Giménez Arnáu. Y lo gracioso es que lo que se habla no corresponde, ni mucho menos, a lo que se escribe o se ha escrito, aun cuando sea una misma persona la parlante y la escribidora. En este tiempo nuestro —no sabemos bien por qué—no se escribe lo mismo que se habla. Una cosa es hablar—las palabras son aire y...—y otra escribir. Sin embargo, uno tuvo la desgracia de hablar el día del estreno de *Murió hace quince años,* y la palabra "monstruoso" que salió de sus labios quedó condenada a perpetuidad en las páginas de *Ateneo* junto a otras declaraciones, desde luego mucho más hábiles e insinceras. ¡Qué le vamos a hacer! Uno, desde luego, no está muy arrepentido, aunque, a fuer de sincero, debe hacer una declaración. Y es que, con el tiempo, ha descubierto o creído descubrir una intención soterrada, sutilmente escondida, en *Murió hace quince años,* intención inadvertida, al parecer, por parte de la crítica y el público que ha llenado el teatro durante representaciones y representaciones. Ha sido un poco eso que vulgarmente se dice "devolver la pelota". Como se recordará, Sartre, para escribir *Le diable et le bon Dieu,* se inspiró en una pieza clásica, españolísima, de nuestro teatro. Y, naturalmente, que un "existencialista" viniera a fijarse en nuestras cosas repugna, había que castigarlo. Y el castigo está ahí. El esquema de *Murió hace quince años*—para que vean los franceses que nosotros también sabemos hacerlo—es semejante al de *Les Mains Sales,* de Jean Paul Sartre, y las situaciones, muy parecidas. Véase el cotejo.

J. A. Giménez Arnáu: *Murió hace quince años.*

Diego, un joven comunista, ha caído herido de muerte, y principia a relatar las circunstancias que le han conducido a tal situación.

A Diego le fué encomendada por el partido la misión de matar a su padre, jefe de la Policía.

Diego se presenta en la casa de su padre y se siente atraído, influído por los vínculos familiares.

DIFERENCIA: Diego no mata a su padre, sino que, por el contrario, lo defiende.

Diego termina el relato, y muere.

Jean Paul Sartre: *Les Mains Sales.*

Hugo, un joven comunista, debe decidir sobre su vida o su muerte, y principia a recordar y analizar las circunstancias que le han conducido a tal situación.

A Hugo le fué encomendada por el partido la misión de matar a Hoederer, jefe comunista que ha pactado con la reacción.

Hugo se presenta como secretario en la casa de Hoederer y se siente atraído, influído por el líder.

DIFERENCIA: Hugo mata a Hoederer, no se sabe si por celos o por cumplir el cometido revolucionario.

Hugo termina el relato, y dice a los del partido "no recuperable", es decir, ha elegido la muerte.

J. Q.